

BUEN HUMOR



Dib. RAMÍREZ. — Madrid.

- He visto que Arturito te estaba abrazando y eso es una indecencia en una muchacha bien nacida como tú.
- Pero mamá, ¡si es que me estaba enseñando a bailar el Shimmy!
- ¡Ah, vamos!

Ayuntamiento de Madrid

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro concurso permanente.

Como ya hemos dicho repetidas veces, para tomar parte en este concurso es condición indispensable que cada envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón, y precisamente firmado por el remitente, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado.

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

— ¿Cuál es el animal más grande del Universo?

— Al pronto parece que es la Gran Canaria; pero luego se ve que es la Osa mayor.

FRANGONZÁGIL. — Río Martín (Marruecos).

Examen de Geografía.

EL PROFESOR. — ¿Quiere usted decirme qué es una isla?

EL ALUMNO. — Una isla es... una porción de tierra rodeada de agua por todas partes, menos por una.

EL PROFESOR. — ¡...!

EL ALUMNO. — Sí, señor. ¡Menos por encima!

AB-EL-SIKUELA. — Valencia.

Un cliente entra en la farmacia del licenciado X.

— Venía a que me devolviese el importe de este específico, pues no da resultado.

— Imposible, señor.

— ¿Cómo? Pues el frasco llevaba un letrero que decía: «Se devolverá el dinero si no es bueno.»

— ¡Claro! Pero como el dinero era muy bueno..., por eso no se lo devolví, y se llevó usted el específico.

E. R. M. — Madrid.

Entre amigos.

— ¿A que no sabes por qué las locomotoras no llevan sombrero de copa?

— No; no lo sé.

— Porque chocarían.

— ¿Que chocarían?

— Sí, hombre. ¿No te chocaría a ti ver las locomotoras con sombrero de copa?

60 HP. — Zaragoza.

En un tranvía.

Una señora dice al cobrador:

— Haga el favor de cerrar la puerta, porque hay corriente.

El cobrador cierra la puerta.

Al poco rato se para el tranvía, y la señora pregunta al cobrador:

— ¿Por qué se ha parado el tranvía?

EL COBRADOR. — Porque no hay corriente.

LA SEÑORA. — Entonces, haga el favor de abrir la puerta.

R. G. P. G. — El Escorial.

— ¿Cuál es el colmo de la economía?

— Comprar un pez para dormir..., porque el pez es-cama.

EMILIO MARTÍNEZ. — Guadalajara.

Entre amigos.

— ¿Cuántos hijos tiene usted?

— Dos varones. El mayor es un prodigio: bueno, estudioso, inteligente. Estudia pa letras.

— ¿Y el otro?

— El otro es una calamidad, un perdido. Con éste no nos queda otro remedio que pa-ciencia...

R. MAS.

El premio del número anterior ha correspondido a **José Gómez Polo, de Valencia.**

En estos días es cuando más indicado está el uso

de los famosos

POLVOS INSECTICIDAS

de

LEYER Y COMPAÑÍA

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

B A S E S para nuestro concurso de septiembre.

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios serán:

1.º **Un billete de lotería** para el primer sorteo del próximo noviembre.

2.º **Medio billete de lotería** para el mismo sorteo que el anterior.

3.º **Suscripción gratis por un semestre** a BUEN HUMOR.

Segunda. Si varios de los concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirnos reunidas, al mismo tiempo, antes del día 10 de octubre, haciendo el envío a la mano a nuestra Redacción, o por correo, precisamente a nuestro apartado número 12.142.

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones correspondientes al mes de septiembre, insertos en esta página. A los *suscriptores*

de BUEN HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En nuestro número correspondiente al día 15 de octubre se publicarán todas las soluciones, los nombres y domicilios de los concursantes que las envíen completamente exactas y los de aquellos que resulten agraciados con los premios.

Sexta. Los premios deben recogerse en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.

12. — La solución es una batalla.

MADRID CASA

13. — ¡Hagamos historia!...

2-4-6-8-10-12-14

DF

Señora a la antigua

CUPÓN

correspondiente al número 42
de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

14. — Se acuesta temprano y se levanta tarde.

— ¿De modo que compraste, por fin, aquella *segunda-cuarta* próxima a *cuarta-primá*?

— Sí; consumí aquel gran disparate. Lo hice por un capricho de *dos-dos*.

— Yo no *prima-dos* tranquilo desde que me dieron la noticia.

— Fué una mujer ruinosa para *dos*. No salía de su tienda de *tres-cuatro* en todo el día ni en toda la noche. Tenía descuidados hasta los quehaceres más indispensables.

— Una mujer *todo* es lo más lastimoso que hay en el mundo.

15. — Charada geográfica.

— ¡Caramba, *una-dos-tres-cuarta*! ¡Eres un *tercera-dos*!

— *Cuarta una-dos* en la Prensa mis proezas, porque yo soy *dos* tímido, que temo *cuarta* salir, por melón, ni aun en *todo*, que es mi tierra, de un *quinta-cuarta* inferior.

16. — Comestible.

AL TROZO FA

17. — La solución es un paraguas.

H²O O

18. — Un dicho.

SE Y NO

AR 50 MA

CUPÓN NÚM. 3

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de septiembre.



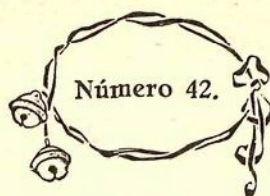
¡Me río yo de San Sebastián...
teniendo en casa una ducha y
JABÓN HENO DE PRAVIA!

PASTILLA 1.50

en todos los bazares, perfumerías, farmacias y droguerías de España.

PERFUMERIA GAL

MADRID



BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

Madrid, 17 de septiembre de 1922.



CONTRA LA OBESIDAD

LA señora Gala, la dueña de la cacharrería y despacho de petróleo de la calle de Galileo, era una mujer tan exageradamente gruesa, que su obesidad constituía su desgracia.

Cuando se casó con el señor Cipriano, era un alfeñique; pero, sea por la quietud a que le obligaba su negocio, o por cualquier otra causa, lo cierto es que la cacharrería estaba monumental, voluminosa, gruesísima.

Su padre, el señor Salustiano, dueño de una mantequería de las más acreditadas, murió porque, como se dice vulgarmente, se le juntaron las mantecas; y ante este triste ejemplo, la señora Gala había ensayado multitud de tratamientos para adelgazar, sin conseguir disminuir un gramo.

Cuando nuestra desgraciada industrial entraba en un tranvía, su presencia era acogida con un murmullo, y era cosa corriente que el cobrador dijera:

— Señora, aquí hay dos asientos.

Una cosa que la señora Gala no había puesto en práctica, y le habían recomendado como muy eficaz para adelgazar, eran los baños de mar.

A esto siempre se había resistido la cacharrería; y no es que fuese sucia, sino que, según tradicional costumbre de familia, nunca había mojado su cuerpo.

Pero tanto le mortificaba aquella gordura, y tanto le decían sus familiares y amigos de las excelencias de los baños salinos para la disminución del volumen, que un día, por fin, se decidió, y puso en conocimiento de su marido que iría a Alicante y tomaría nueve baños, que eran los menos que podía darse, según le había prescrito el médico.

La señora Gala, acompañada de su marido y de un primo hermano de ella, con el cual se había criado, llegó a Alicante y fué a la playa.

La cacharrería vió el mar, que sólo conocía por alguna marina mala, y le hizo una profunda impresión, que ocultó a sus parientes.

Cuando se desnudó y, envuelta en la sábana de baño, apareció ante los ojos de Cipriano y el primo, éstos se tambalearon de horror ante la enorme mole blanca que se adelantaba hacia ellos. La señora Gala, con gran emoción, dijo a su marido:

— Cipri, ya me he *presignao*, y ahora, lo primero que *ties* que hacerme es traer un poco de agua *salá pa* que me moje la cabeza.

El esposo se acercó a un charco salino, y mojándose la mano se la puso a su mujer en la cabeza, al propio tiempo que decía:

— ¡A ver, bañero!

— ¡No hace falta! — arguyó nerviosa la cacharrería.

— Perfectamente — dijo el bañero —; pero yo puedo ir a la mira.

— ¡Que no! — insistió ella.

— ¿Sabe nadar? — preguntó el anfibio jornalero.

— ¡No; pero no es preciso! — replicó Gala.

— Entonces, avanza — le dijo el marido empujándola suavemente.

— Bueno, vamos; pero ven tú, Cipri, y tú, Niceto.

— Si, anda; iremos hasta la orilla — añadió el primo.

La comitiva se puso en marcha muy despacio: daba la impresión de un paso de Semana Santa.

— El baño, ¿ha de ser de ola, o de placer? — pregunta el bañero.

— ¡De impresión! — contesta Cipriano.

— Entonces, ha de entrar rápida y zambullirse.

— ¿Quién, yo?... — exclama aterrada Gala.

— Si, mujer — dice cariñosamente el esposo.

— ¡Yo no me zambullo, Cipri! — grita Gala.

— ¡Pero, mujer!... — implora el aludido.

— ¡Que no! — vocifera al notar en los pies la humedad, retrocediendo.

— ¡No huyas, Gala! — dice el marido sujetándola.

— Vamos, dame la sábana y entra — le aconseja su primo.

— ¡Que hay mirones, Niceto! — arguye ruborosa la cacharrería.

— ¡Gala, avanza, que si no, te enfrias!

— Déme usted el brazo, y vamos *pa* dentro — dice el bañero.

— ¡Yo no doy el brazo a nadie más que a mi marido! — responde digna la esposa.

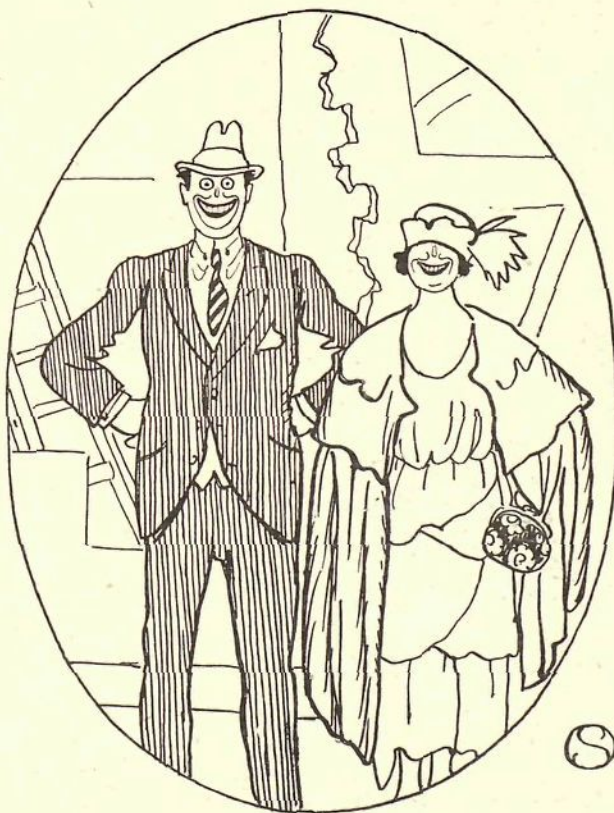
— ¡Pero, mujer, si es *pa* que te internes!

— ¡Si es que el agua está *helá*, y tiritó!

— ¡Entre usted!...

— ¡Usted primero!...

— Sin cumplidos, que va usted a coger un reuma.



Dib. SILENO. — Madrid.

— ¡Yo no entro, Cipri, qué perezco!
 — ¡No, mujer!...
 — ¡Que yo, en cuanto me sumerja, no reaparezco más!
 — ¡Anda, Gala, que es por tu bien!...
 — ¡Que es *pa* que adelgaces!...
 — ¡Vamos, señora; adentro!
 — ¡Que no me da la gana! ¡Ea!...
 — ¡Gala, que es *pa* que te dejes las grasas!
 — ¡Por nuestro cariño, Cipri, no me bañes, que me aloco! — exclama trágica la señora Gala, abrazándose fuertemente a su esposo.
 — ¡Vamos, Gala, suéltate, que es por tu salud!
 — ¡No te suelto, porque naufrago!
 — ¡No me oprimas, que me ahogas!
 — ¡Vamos, Gala, suéltate, que le haces daño! — objeta el primo.
 — ¡No! — ruge ella.
 — ¡Bañero, ayúdeme usted a separarla!
 — ¡Que no me separen de mi esposo!
 — Pues suéltale — propone Niceto.
 — ¡Suéltame, mujer! — implora Cipriano.
 — ¡No me suelto, porque me zambullen! — dice asíéndose más la cacharrera.
 — Pero, después de *to lo* que hemos *gastao*, ¿no te vas a bañar? — exclama jadeante el marido.
 — ¡No! — vuelve a rugir Gala.
 — ¡Tire usted de ese brazo y yo de éste, don Aniceto! — dice el bañero.

— ¿Así? — interroga Niceto tirando con fuerza.
 — Así, y a un tiempo — objeta el nadador.
 — ¡Cipri, que me arrancan de tus brazos! — vocifera llorosa la paciente.
 — ¡Venga! — grita mientras tira el piloto de natación.
 — ¡No! — gime trágica Gala.
 — ¡Tire ahora! — aconseja Cipriano.
 — ¡¡Ya está!! — exclaman los tres triunfantes.
 — ¡Ay, bañero de mi vida! — grita la cacharrera, abrazándose fuertemente al bañero entonces.
 — ¡Quítenmela ustedes, que me descuartiza! — pide el bañero ante la feroz opresión.
 — ¡No, bañero, no; no le hago a usted daño; pero no me lleve al agua! — dice entonces, tornándose mimosa, la señora Gala.
 — ¿Le parece que llamemos a otro bañero?
 — ¡No; que no le llamen!
 — ¡Sí, sí; llamen a aquél, al *Pescuezo*, que es forzado!
 — ¡*Pescuezo*!...
 — ¡*Pescuezo*!... — llaman con ansiedad Cipriano y Niceto.
 — Lo que hay que tener *cuidao* es que no le eche las manos al *pescuezo*.
 — ¡Hombre, ni que fuera una asesinal!
 — No; si es que su mujer es muy celosa, y en cuanto le ve bañando señoras, se pone loca.

— Ya tendremos *cuidao*.
 — ¡*Pescuezo*!...
 — ¿Me llaman?...
 — ¡Sí; ayúdame a quitarme esta señora!
 — Voy. Ayúdenme *ustés*.
 — ¡Bañero!...
 — ¡Hala!...
 — ¡Cipri!...
 — ¡Tiren!...
 — ¡Mi pelo!...
 — ¡*Cuidao*!...
 — ¡Ay, que no me bañen!...
 — ¡Mi madre, se ha *abrazao* al otro!
 — ¡Gala, no me estreches tanto, que me laminizas!

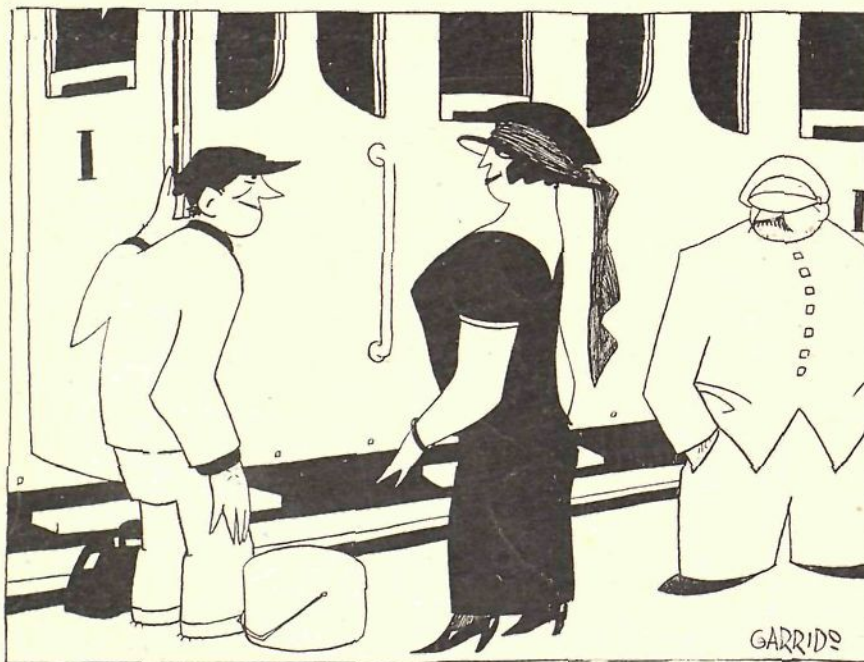
Una multitud de bañistas rodea ya a los personajes de nuestro drama acuático; se cruzan apuestas. Por más esfuerzos que hacen todos, y otras personas, que se ofrecen a ayudar a zambullir a la señora Gala, sólo consiguen que la cacharrera vaya abrazando paulatinamente a un guardia del orden, a un militar retirado y a un viejo lobo de mar.

Ante la imposibilidad de bañarla, la visten, y en el primer tren se la llevan a Madrid.

A las dos semanas, la señora Gala comienza a adelgazar, hasta quedar en sus carnes.

El remedio infalible para la cacharrera eran las luchas grecorromanas.

ANTONIO PLAÑOL.



Dib. GARRIDO. — Madrid.

— Diga, buen mozo, ¿cómo ha adivinado usted la clase de mi billete?
 — Porque se ve en seguida que la señora es de primera.

LA POLÍTICA PINTORESCA

LA LENGUA DE JORGE

No siempre ha de ser la oreja la que le pongamos colorada al pobre Jorge los comentadores de la actualidad. También puede hablarse de su lengua, que, al paso que va, lleva camino de hacerse célebre.

El Jorge a que hoy nos referimos es Silvela, el Excmo. Sr. D. Jorge Silvela y Loring, de ilustre prosapia política, y director general de Telégrafos y de Correos en estos felices tiempos en que no hay correos... ni casi, casi telégrafos.

Nosotros hemos seguido paso a paso al Sr. Silvela en su vida pública, desde que era diputado de la mayoría bajo el amparo de su ilustre padre. Le vimos encaramarse por las escaleras de la Presidencia del Congreso, para ocupar un puesto de secretario. Asistimos a su afanosa lucha por la conquista de un alto cargo. Y, por último, le hemos visto en los tiempos actuales presumir de correo mayor del reino, y dirigir la posta como el mismísimo D. Juan de Tarsis, aunque sin hacer versos, porque D. Jorge puede inspirar epigramas, pero no se decide a componerlos...

Habíamos observado en el Sr. Silvela — Silvelita le llaman todavía algunos

políticos conspicuos — una costumbre que nos tenía un tanto intrigados. Siempre que nuestro hombre se veía en la necesidad de pronunciar un discurso, advertíamos que, al final de cada párrafo, se pasaba la mano por la boca, con un ademán que, al pronto, nos pareció nervioso. Nos intrigó aquello, y estudiamos a D. Jorge con mayor atención. Pronto pudimos convencernos de que en su manoteo no intervenían para nada los nervios, puesto que el fenómeno sólo se presentaba cuando el hombre tenía que hablar en público. Mientras estaba callado, el ilustre personaje tenía las manos quietecitas, sin llevárselas a la cara ni una vez siquiera. Pero cuando empezaba a hablar, comenzaba el revoloteo de los dedos en torno a los labios, tal que mariposas que libaran en una flor; y ustedes perdonen lo cursi del símil.

¿Será — pensamos — que D. Jorge se limpie la saliva...?

Pero pronto hubimos de rechazar la absurda suposición, porque el Sr. Silvela es un hombre pulcro, y para tan prosaico menester hubiera usado el pañuelo...

Por fin, estos días pasados, con motivo de la huelga de Correos, pudimos aclarar el misterio que desde hace varios años venía torturándonos. Cumpliendo nuestros deberes profesionales, acudimos al palacio de Comunicaciones, para informarnos de la marcha del conflicto postal. Allí tuvimos ocasión de encontrarnos junto a D. Jorge en varias ocasiones, y nuestra buena fortuna nos deparó la dicha de estar al lado suyo la mañana que recibió a los huelguistas arrepentidos. El lector recordará que, aquella mañana, el Sr. Silvela les colocó un discurso a los pobres funcionarios, que no estaban, ciertamente, para discursitos...

No hay que decir que, apenas rompió a hablar el director general, nosotros comenzamos a mirarle, para no perder ni uno solo de sus movimientos. En efecto, al terminar el primer párrafo, las manos de D. Jorge, como impulsadas por una fuerza misteriosa, se le subieron a la boca. ¿Para qué? Al principio no queríamos creer lo que veíamos; pero bien pronto hubimos de rendirnos a la evidencia. ¡El Sr. Silvela tenía que darse un empujoncito en la lengua, que se le quedaba fuera de la cavidad bucal, para que volviese a penetrar en ésta!

El enigma que nos intrigó durante tanto tiempo quedaba totalmente aclarado. Don Jorge Silvela tiene la lengua más grande que la boca. Cuando abre los labios, la lengua, gruesa y ancha, sale disparada de su cárcel y se queda asomada al exterior, hasta que llega la mano diligente a darle el empujoncito, reintegrándola al encierro.

No se crea que hay exageración en esto que decimos. Hemos dado cuenta de nuestras observaciones a varios íntimos de D. Jorge, y todos ellos nos han



NOTAS DEPORTIVAS

Dib. MEL. — Cuatro Vientos

dicho, riéndose, que ya habían notado el extraño juego. Sí, sí, lectores. La lengua del Sr. Silvela ha crecido de una manera desproporcionada, y la boca le resulta chica. Está en ella oprimida, apretujada, y en cuanto el ilustre personaje se descuida y entreabre los labios, allá sale el pedazo de carne a respirar un poco...

¿A qué obedecerá este caso tan extraordinario? Después de largas meditaciones, hemos recordado que D. Jorge, cuando era secretario del Congreso, se pasaba las tardes en su sitio, chu-

pando caramelos, aquellos exquisitos caramelos que suprimió en mala hora D. Miguel Villanueva... ¿No sería aquel ejercicio goloso y sabroso el que determinara el inexplicable desarrollo de la lengua? Indudablemente, no hay otra explicación lógica. Y hasta es muy posible que en los pasados días, cuando don Jorge reemplazó el solito a todos los huelguistas de Correos, le creciera todavía más el húmedo apéndice, a fuerza de pegar sellos en las cartas...

TARTARÍN

O T O Ñ A L

RESPONSO DEL "CANTE JONDO"



LUEVE; el viento barre las hojas, secas a pesar del calabobos, y en algunas tiendas ya se encendieron las luces, a media tarde... El otoño se ha presentado con sus melancolías...

En la acera de Alcalá encontramos a D. Antonio Chacón. Sale el célebre *cantaor* del cobijo de un toldo, ennegrecido y combado por el agua, de la terraza de un café.

El divo de las *malagueñas* conserva todavía su apacible gordura y esa desviación del hombro derecho que le ha quedado de tantos y tantos años de arrancarse a cantar acompañándose de una rotación iniciada y de un retroceso del torso. Conserva también sus mofletes y su papada de color de rosa. Y su calvicie, el equilibrio de su calvicie, entre la nostalgia del pelo y la amenaza de la calavera. Parece el mismo que este verano triunfaba en Granada, Sevilla, Cádiz... Porque no le desfiguran lo suficiente ni el paraguas ni el serrín con que alfombran las tiendas y las cervcerías apenas se mojan las calles; el paraguas, que substituye al bastón, o el *palito* clásico de los *cantaos*, y el serrín, bordeando y deformando los zapatos finos y deslumbrantes, de persona acostumbrada a entretener sus interminables ocios de los colmados dejando hacer maravillas a los limpiabotas. Sin embargo, en las pupilas azul porcelana

de nuestro amigo se refleja la tristeza autumnal, como en esas bolas metálicas que cuelgan en los jardines, y retratan, disminuidos, árboles y gentes. Aparte la emanación lírica que escapa del alma del rey de los *jipios*, y se asoma a sus ojos, aunque a despecho suyo. La verdad: no podríamos haber tenido un hallazgo más en consonancia con el día lloroso y elegíaco. Un *cantaor* supe en desolación a cualquier *Dama de las Camelias* que hubiésemos buscado entre las tanguistas...

Nos abrazamos, en recuerdo de glorias pretéritas, casi comunes: cuando Chacón embaucaba al público con *Los caracoles*, y yo glosaba en una *charla* el origen de dicha tonadilla de baile de candil, con la cual se arrullaba el pueblo madrileño en tiempos de Carlos IV, monarca indicado para mecer su corte con coplas, dadas aquellas reales pantorrillas con medias blancas, dignas de una nodriza pasiega. La colaboración de D. Antonio y mía, sin que nos olvidemos de Amalio Cuenca y Montoya, los guitarristas, y del *Niño Caracol*, fué en un teatro sevillano y en Sanlúcar de Barrameda, como consecuencia del *Concurso granadino*, en donde la multitud entró sin saber nada del *cante jondo*, y salió ignorándolo, y con el problema de descifrar un folleto del *Centro Artístico*, en que, bajo una frase de Hegel, se pretendía explicar el misterio de la *siguiriya* y del *martinete*. Ante la gravedad de legendario sacerdote oriental con que algunos intelectuales de la ciudad del Darro analizaban y definían a los *cantaos*, éstos, habituados los pobresitos a las *juergas* con el conde de los Andes y Pepe Carlos Luna, o con bilbaínos, que los tutean y emborrachan,

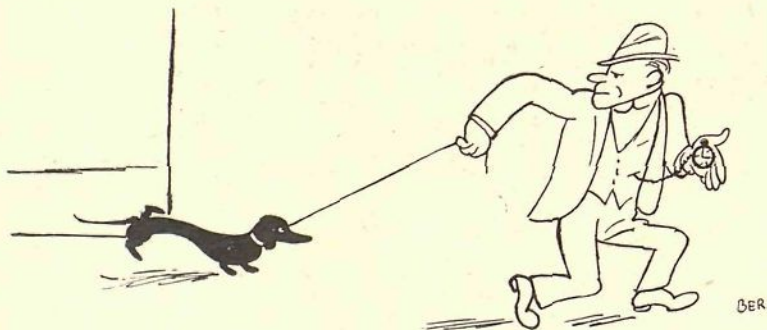
tratándolos de esclavos, sentían el justificado orgullo del cangrejo, que llegó a oír que un sabio lo calificaba de crustáceo.

Corría peligro el *cante jondo* desde que en el mástil de la guitarra se reemplazó la moña típica por unas gafas de carey, la cruz de Alfonso XII y una brocha zuloaguesca. La caravana de compadres que nombré arriba, y yo entre ellos, procurábamos desde los escenarios tranquilizar a los ciudadanos. «No se asusten ustedes. No pasa nada. Ahora cantará el viejo *Estenazas* una *soleá*, y ustedes mismos van a convenirse de que no trae malicia eso de las influencias bizantinas...» Pronto se rompió nuestra peregrinación expiatoria de pecados ajenos, y yo salté el Estrecho, y anduve por tierras africanas. Regresé la semana pasada, y en seguida, y con mucho gusto, vuelvo a tropezarme con Antonio Chacón, en las circunstancias indicadas. Como era natural, he preguntado por el *enfermo*.

— ¿Cómo sigue eso, gran don Antonio?

— Aquí ha terminado...; de que usted nos dejó, hicimos una semana en Parisiana, porque Carlos Revenga es buen amigo mío de veinte años, y otra en el Centro... Y nada más... Esto se acabó para siempre...

Como si el responso del *cante*, a cargo de su mayor autoridad, entristeciera aún más la jornada, arrecia la lluvia, que repercute en el toldo del café, agitando como en una evocación de los tablados que consagraron *Faico*, *Ramírez*, *la Macarrona*, *bailaores* supremos. En el simulacro de la lona, los prestigios evocados por el chaparrón danzan sobre la tumba de lo *jondo* como los guerreros antiguos en la de sus caudillos; definitivamente, ha muerto el *cante*. Mejor dicho, ha ido arruinándose, degenerando, como tantas familias en el transcurso de unas generaciones. Los tiempos de Silverio, de Curro Dulce y del Lillo, significan, en nuestro simil, la época de los abuelos, toscos y humildes, pero grandes. En arcas y tinajas, buenas onzas. Es decir, *soleares*, *martinetes*, *cañas*, *seguiriyas* y *polos*. Hereda el tesoro un mayorazgo criado ya en el ocio y en el rumbo, y principia el despilfarro. Lo *jondo* se convierte en *flamenco*, con su ficción en una mueca de los gestos auténticos de sus antecesores. Juan Brea, con su voz de tenor, confita



EL «BASSET»

Dib. BERGSTROM. — Estocolmo.

el repertorio hondo y sombrío, y las señoras de verdad entonan canciones andaluzas al piano, y las *mujeres* — usando el lenguaje de entonces —, con su alfombrado y su pulsera de pelucona, asisten

«... al café de la Unión,
que es donde paran Curro Cúchares,
el Tato y Juan León...»

Ruedan los años, y ya estamos en plena decadencia, afrentosa y ridícula. El majo retador y altivo, parodia de la hombría paterna, se ha debilitado hasta desfallecer y morir. El *flamenquismo* se denomina *marcha*, y consiste en una petulancia risible, en el juego de amagar y no dar, en cambiar los defectos en virtudes, en la portuguesa zurda y afónica, en jugar a la ruleta con garbanzos.

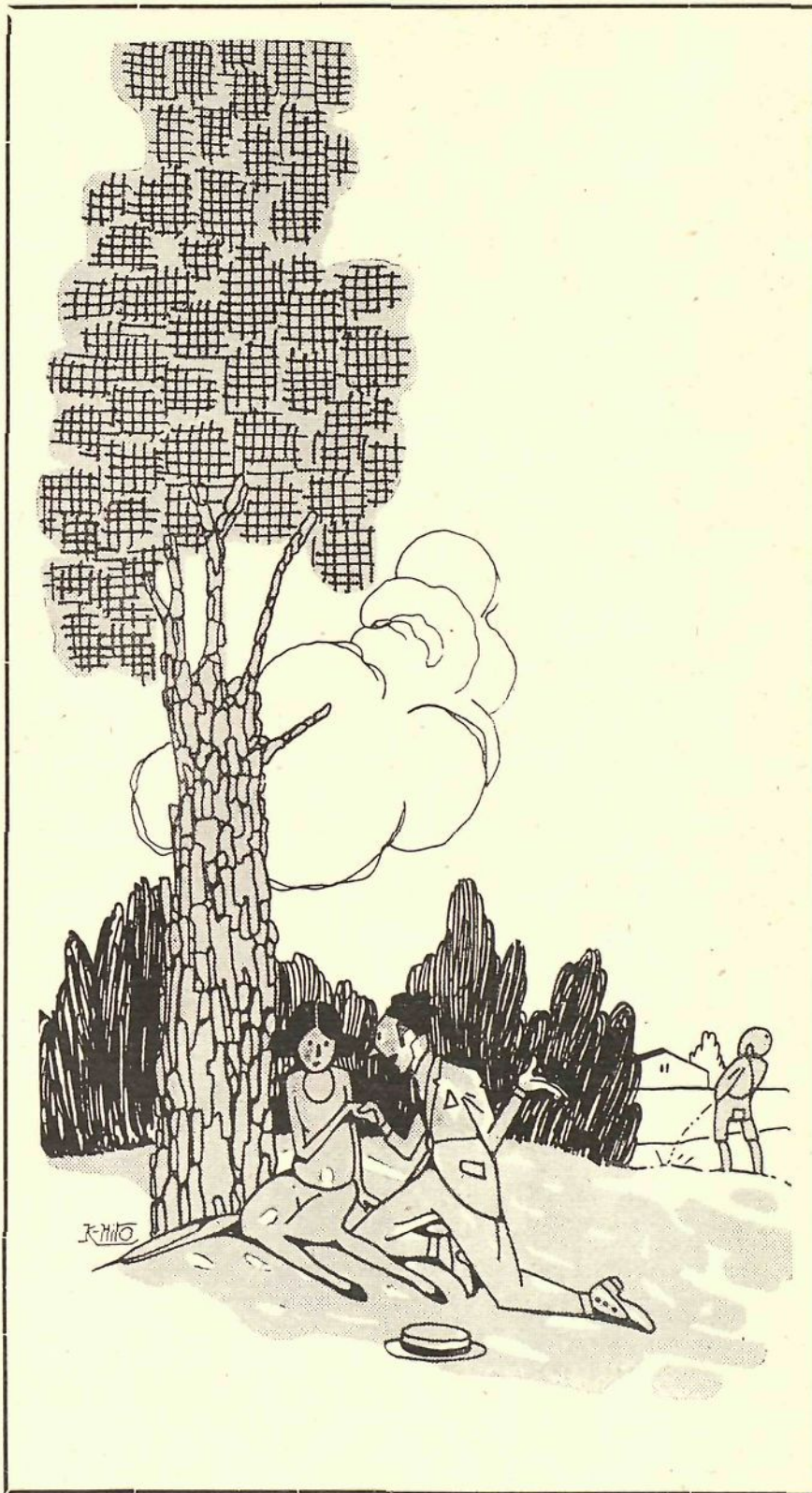
«Mira tú si soy flamenco,
que con los tufos me tapo
cuatro granitos que tengo...
¡malos!»

Donde *flamenco*, léase *marchoso*, y he ahí una silueta del último vástago de la estirpe en cuestión. Así, lectores amigos míos, fué perdiendo, empobreciéndose, desnaturalizando el *cante jondo*, hasta agotarse. Lo de Granada no ha sido más que un rabo de lagartija, con sus cabriolas póstumas.

Pero he aquí que de repente acuden a mi memoria los intelectuales del patio de los Aljibes. Y ello me obliga a intentar otra glosa de mayor dignidad literaria. Ya está, y con su simbolismo y todo. Sí; el *cante jondo*, curvándose, retorciéndose, encogiéndose en un garabato de limitación, en lugar de extenderse en la recta inacabable del infinito, obedece a un fatalismo de la raza, aparte desarrollar el *leitmotiv* de los *jipíos* ondulaciones como virutas de la garganta del *cantaor*. Iberia, la madre Iberia, monopoliza, no ya el arabesco, sino la rueda, el círculo impenetrable y absoluto. Cerrada por el mar y las montañas, pelada en medio y rodeada de la lozanía del litoral, España exhibe la tonsura de sus clérigos, el cerquillo de sus frailes, las plazas de toros, las pescadillas, que frie mordiéndose la cola. Inventamos el sombrero ancho y redondo, la capa que envuelve, y la faja, no uno, sino muchos anillos para la cintura... ¿Qué más? Salió Colón con las carabelas, y de su viaje arrancó la prueba definitiva de la redondez de la Tierra.

¿Qué?... ¿Decían ustedes...? Lo de siempre... Que Colón era italiano, genovés... No, señor; se equivoca la leyenda; la leyenda, no digo la Historia. Cristóbal Colón era español, gallego, como quieren sus paisanos, y lo demuestran con miles de investigaciones y testimonios. No hacía falta tanto. Para asegurarnos de que Colón era gallego, basta con no olvidar su empresa, la que le proporcionó la inmortalidad... ¡Se trajo un mundo!...

COLOR



POÉTICA

Dib. K-HITO. — Madrid.

— ... Ese argentino rumor
que llega hasta nuestro oído,

de algún claro surtidor
en la maleza escondido...

OPINIONES DE UN SALVAJE

Al aparecer los primeros fríos, todos los escritores tienen preparados uno o varios artículos de temporada sobre los conocidos temas de las hojas secas que arrastra el viento, las golondrinas que se van y las futuras campañas teatrales. Todos esos artículos son de una perfecta inutilidad, y ya es hora de que los periódicos sirvan a sus clientelas artículos aprovechables, artículos de primera necesidad. ¡No todo ha de ser literatural...

A diferencia de las demás publicaciones, que hablan a sus lectores de cosas que no les importan y para nada les sirven, como, por ejemplo, de política, este periódico da a los suyos una cosa que abunda muy poco en España: buen humor. La necesidad de buen humor se dejaba sentir, porque, pese a la leyenda de que España es el país de la alegría, la verdad es que aquí nadie reía, y todo el mundo pasaba la vida rabiando.

Al llegar los primeros fríos, los lectores que nos merecen más solicitud, aquellos de quienes nos hemos acordado con más vivo interés, son los veraneantes, que a estas horas se encuentran perdidos y abandonados por playas, balnearios, montes y montañas. Luego habrá que pensar en los que no tienen abrigo o en los padres que han de comprar libros de texto; pero, por lo pronto, es urgente socorrer a esos hermanos nuestros que están en el destierro.

Adivinamos las terribles dificultades morales y materiales con que luchan para salir de sus respectivos alojamientos, llámense hoteles, fondas, pensiones o casas de viajeros, en que tuvieron la desgracia de caer.

A estas horas todos esos infelices se hacen la misma pregunta: «¿Cómo saldré de aquí?»

Naturalmente, se trata

de sacar el equipaje, porque para lo demás no hay graves obstáculos. Pero el veraneante acostumbra a considerar sus baúles como partes integrantes de su todo individual, y si saliese de su alojamiento abandonando el equipaje, le parecería que dejaba el estómago, el corazón u otra cualquier víscera importante. Por eso cuando se pregunta: «¿Cómo saldré de aquí?», quiere decir: «¿Cómo sacaré la maleta?»

A resolverles este problema tiene este artículo, fruto de detenidas consultas con hombres sesudos y experimentados. Algunos de los procedimientos que recomendamos fueron puestos en práctica por muchas de nuestras más ilustres personalidades. He aquí:



Dib. BARRADAS. — Madrid.

— Mira, rico: si me repites lo que tu hermana dice de mí, te doy una peseta.

— ¡Quial... Me la quitaría usted luego, y encima me daría una torta.

Acusar al hostelero o fondista de cobrar precios usurarios, amenazándole con publicar un artículo en un periódico rotativo de gran circulación. (Este recurso no da siempre buen resultado, porque está demasiado usado.)

Hacer con las sábanas una escalera y descender, saliendo por la ventana, con las maletas y los niños, si éstos figuran entre la impedimenta.

Provocar un incendio para aprovecharse de los momentos de confusión.

Ponerse un traje sobre otro y dejar el baúl lleno de piedras.

Hacer la corte a la hija del fondista y casarse con ella. (Esta eventualidad es tan terrible, que sólo debe aceptarse en último extremo.)

Pero inmediatamente después de resuelto el conflicto del hospedaje, se plantea automáticamente otro: el del viaje. «¿Cómo volver?», se pregunta el pobre veraneante. Hay varios modos:

En el propio baúl, pero en pequeña velocidad, para no llamar demasiado la atención.

Haciéndose repatriar por el cónsul, si el veraneo fué en el extranjero.

En bicicleta, teniendo buen cuidado de amarrar fuertemente los baúles y maletas sobre el guía.

Subiendo al tren fuera de la estación de partida y bajando en marcha antes de que se pare en la de llegada.

Por paquete postal en varias expediciones, teniendo la precaución de numerarse los trozos.

Sentando plaza en un regimiento de guarnición en Madrid.

Hay otros medios que en tiempos parece dieron algún resultado, pero que actualmente no nos atreveríamos a recomendar a nuestros amigos, a saber:

Pedir un billete a precio reducido a las Compañías, y

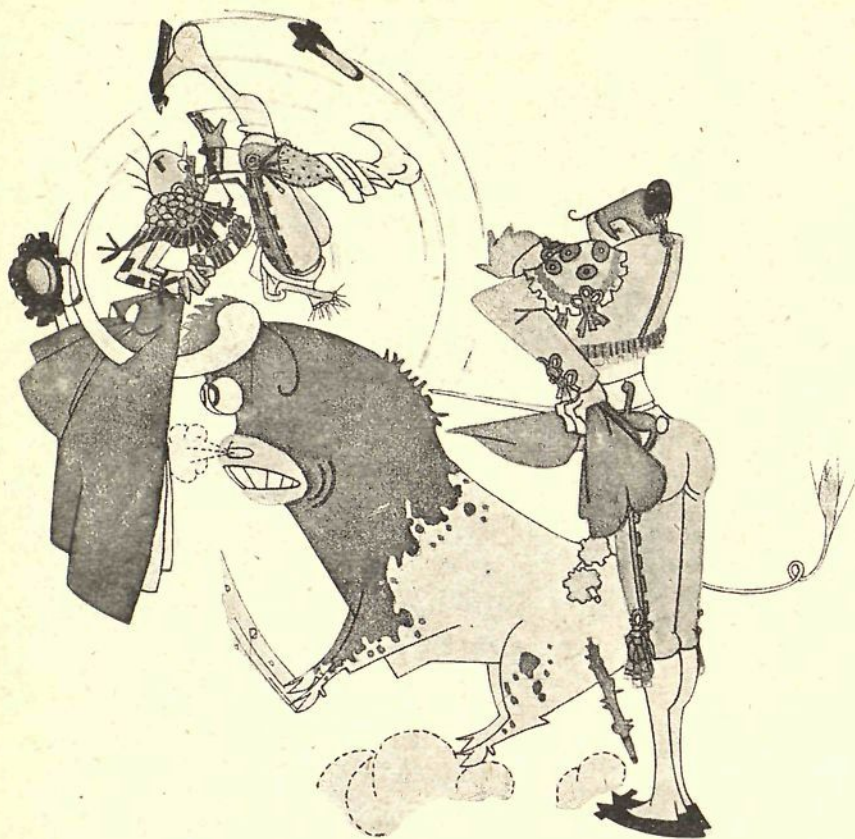
Escribir a un amigo pidiéndole algún dinero.

JAVIER BUENO.



— ¡¡Oh!!... Este tenor es estupendo. ¡Qué lástima que dé los agudos con la nariz!...
— Pues ¿qué querías, hija mía? ¿Que se la quitase?...

Dib. JUBERA. —Madrid.



EL «MATAOR». — ¡Dámelo una vuelta!...

Dib. DURÁN. — El Escorial.

— LAS COSAS DE LOS TEATROS

HORRIBLE SINIESTRO. — VA- RIOS TEATROS QUEMADOS

Aunque un poco tarde, dada la índole de esta publicación, hemos de recoger en sus columnas, como suceso de innegable importancia, el horrible siniestro desarrollado hace varios días, y del que la Prensa se ocupó con amplitud.

Nos referimos al incendio y destrucción de varios teatros de los que era empresario el Sr. Fraga, a quien habrán oído ustedes nombrar con motivo de un famoso pleito que apasiona a autores, cómicos, Empresas y periodistas.

El terrible suceso fué tan inesperado como emocionante. Transcurría pintoresco, divertidísimo, el diálogo entre el mencionado Sr. Fraga y los artistas reunidos — actores y autores —, cuando de repente, una voz que, por su autoridad y prestigio, merece entero crédito, llegó al auditorio y dió la fatal nueva:

— ¡Los teatros del Sr. Fraga se han quemado!...

Hubo un grito de espanto. Todos corrieron de un lado para otro.

Vinieron nuevos detalles. A la lista de los teatros del Sr. Fraga había que añadir otra de los pertenecientes a la Unión de Empresarios. Era la hecatombe.

Autores y actores, apasionados por la lucha, una vez que se repusieron del primer susto, no vacilaron en mostrar un íntimo regocijo por la grave pérdida que habían sufrido sus enemigos.

— ¡Que se chinchen!... ¡Era de justicia!... Como muy bien ha dicho D. Miguel Muñoz, presidente del Sindicato, los coliseos han sido reducidos a cenizas... R. I. P.

Pero lo peor de este suceso es una segunda parte, desconocida del público, y que nosotros vamos a descubrir ante el lector asombrado.

Por informes que llegan hasta nosotros, y cuyos orígenes son del propio Sr. Fraga, en los siniestros de que damos cuenta ha habido numerosas víctimas. Así nos lo afirman.

— En el incendio de los teatros parece que han muerto muchos cómicos, y desde luego el Sindicato de Actores. La

Sociedad de Autores sufre una grave herida.



Habrá comprendido el lector que todo lo dicho con anterioridad tiene un sentido figurado, y que las quemas y las muertes no son sino frases que los interesados quieren que produzcan un gran efecto...

No se trata sino de repetir la anécdota del periodista a quien telegrafiaron como respuesta a un artículo violento: «Dése usted por abofeteado.» A lo que contestó la supuesta víctima: «Conforme. Dése usted por asesinado.»

NOVEDADES

Hasta la fecha en que escribimos las presentes líneas, no ha habido otras novedades que las inauguraciones del Español y de Price. Ambas compañías se presentaron con *repertorio*, cosa que nos impide dedicarle la atención que figuras como Margarita Xirgú y Loreto Prado merecen. No podríamos hablar mal de ellas, porque sería injusto, y para elogiarlas no es éste el mejor sitio.

Tampoco hemos de hacer comentarios cómicos a *La noche del sábado*, de don Jacinto Benavente. ¡Cómo nos pondrían de irrespetuosos y de audaces!

¡Menuda se iba a armar si afirmásemos que cada día que pasa el público comprende menos la obra del insigne dramaturgo! Claro es que nosotros nos lo callamos, igual que hace el público.

Sucede con la obra de D. Jacinto todo lo contrario que con Loreto y Enrique. Cada año que transcurre la gente los aprecia más.

Hace cincuenta temporadas que los simpáticos artistas vienen cosechando lauros, y nosotros afirmamos que dentro de otras cincuenta seguirán en las mismas.

¡Envidiable caso de perseverancia! ¡Hermoso y agradable espectáculo, que presenciaron nuestros abuelos y verán, si Dios quiere, nuestros nietos!

JOSÉ L. MAYRAL.

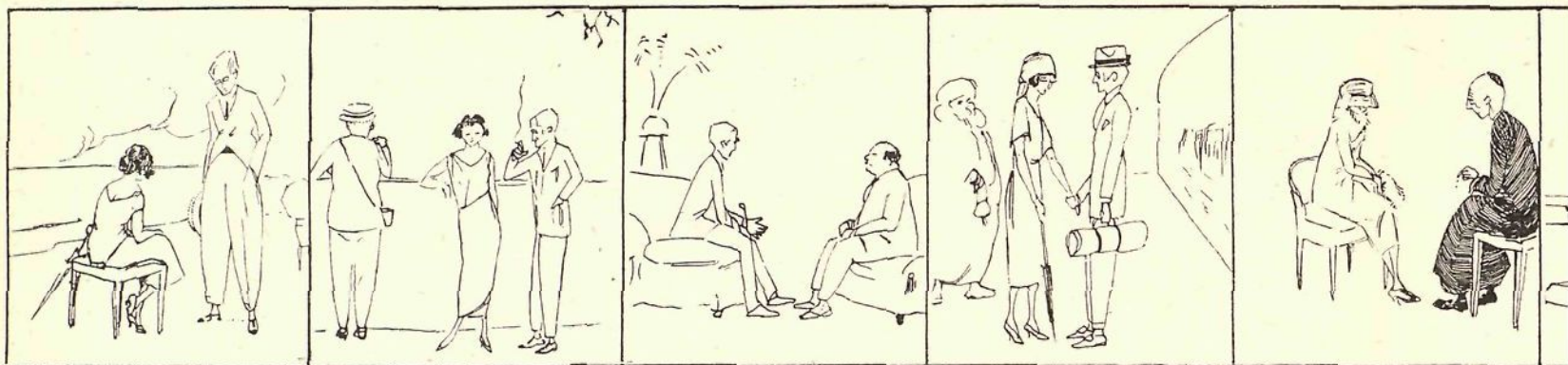


PROGRAMAS SINFONÍA

Imaginaos un señor amablemente escéptico, y, por tanto, fácil a estimar un rasgo de buen gusto que vaya a sorprenderle en su indiferencia tediosa. Este personaje, huyendo del peligro crepuscular en los recreos del Casino, y desentrenado ya de la galantería febril y recóndita del anochecer madrileño, decidió convertirse en asiduo del teatro, bien que de una manera opaca, burguesa. Un día llevaba un paquetito de marrons para enviarlo a una segunda tiple, y con esa indo-

Ayuntamiento de Madrid

POR METERSE A REDENTOR



Se conocieron en una playa norteña. Ella, romántica; él, rubio y protestante.

Y por tan buen camino marcharon las cosas, que a los pocos días se decidió

la formal petición de mano, no menos formalmente negada, en razón del protestantismo del novio.

Para remediar tan grave inconveniente, resolvieron, al despedirse, que ella,

convenientemente asesorada por sabios y prudentes consejeros, le enviase

DE PRIMO A PRIMO

«Querido primo Matías: Puesto que te encuentras a la orilla de la mar salada y me lo dices en tu epístola con cierto retintín para que te envidie, voy a darte un consejo que te es muy necesario. Fíate de mí, que también conozco el mar, aunque no lo veo desde hace años, y supongo que habrá crecido. No soy como tú, que ahora has aparecido por la primera vez ante el Océano, y ya sé que, en tu ignorancia, hiciste el ridículo al presentarte en la playa tapándote la nariz con el pañuelo. Claro; como aquí, en Madrid, hay una pescadería frente a tu casa, tenías muy mala idea del olor del mar. ¿Estás ahí con la boca abierta? Mejor. Te saturarás de aire puro. ¿Te choça la despreocupación de algunas señoras bañistas, y, por ende, la de sus consortes? Es que salen algunos a la arena que merecen ir al corral.

Supongo que caerás en la tentación de aprender a nadar, y aquí viene mi consejo: no aprendas. La natación puede ser considerada en tres aspectos: como deporte, como sistema de locomoción acuática y como medio de salvamento.

En cuanto deporte, la natación es tan fatigosa como el *foot-ball*, más incómoda que las excursiones en auto y más insegura que las carreras a pie. Entre deportistas ya casi no se lleva, porque hay otros modos más fáciles de romperse algo. Ciertamente se puede uno ahogar, y no negaré que este peligro sea un aliciente; pero morir entre las olas es mucho menos brillante y pintoresco que perecer en los cuernos de un miura. Si el peligro se salva, el

reuma no hay quien lo evite. ¡Y el reuma es tan poco airoso y elegante!

Además, tienes el perenne riesgo de dar con un cangrejo agresivo y malhumorado, cosa bien desagradable. Ya sabes que en Madrid tropezar con un cangrejo es siempre un accidente de pronóstico reservado, a pesar del salvavidas.

Como sistema de locomoción acuática la natación ha sufrido un descrédito considerable. Los grandes viajes marítimos no se estila ya hacerlos a nado. Los pequeños, tampoco. Sería una tontería, habiendo vapores que le llevan a uno con toda comodidad.

En fin, como medio de salvamento tampoco sirve para gran cosa la natación; en la orilla, porque le cogen a uno si se cae; en alta mar, porque nadando te sostienes menos tiempo que con el suerdo. Las personas prudentes y prácticas confían su salvación, en caso de naufragio, a uno de estos dos medios: el chaleco salvavidas, y no embarcarse. El primero ofrece muchas ventajas; el segundo es infalible.

Suponiendo que te empeñaras en aprender y en las dos semanas que vas a estar ahí llegaras a ser un gran nadador, ¿de qué te serviría? Tu habilidad es inútil en la calle de la Arganzuela, aun en los días de lluvia; en el Retiro no te han de dejar que nades, y el Manzanares no tiene probabilidades de reunir bastante agua para este ejercicio.

Entonces, ¿para qué quieres saber nadar? Para nada. ¿Qué consigues nadando? Nada. Luego es mejor que no nades.

Si tu ideal es hacer el ridículo ante la gente con el aprendizaje en los brazos

del bañero, escoge cosa mejor: aprende a patinar, que hace reír más al público.

Hazme caso. Báñate en la cuerda, sin pretensiones, y admira el mar con sencillez. Es una gran cosa el mar. Ciertamente tiene percebes y besugos como el Parlamento; pero no cobran dietas. Ciertamente en él se aburren las ostras, como el público en los teatros; pero

no hay duda del mar. De él Francos Rod las cocottes. P Matías, no sal yodo con que curar nuestros

DIVAGACIONES SIN LA PELUC

No hay nada tan azorante como la peluquería. Cuando entro en ella, noto cómo el ánimo se me conturba, y cómo pierdo la serenidad cotidiana.

Por más que hago retardar el doloroso instante, llega el día en que la familia toma a pechos la cuestión y me plantea el trance de dejarme pasar la máquina por el cogote. Algunos atribuyen esta desidia a mi natural suciedad. No, no; sólo es una aversión profunda a la peluquería, un terror pánico de sus hombres con americana blanca, una invencible repugnancia por los espejos.

Cuando nos sientan en el sillón y nos anudan al cuello el paño blanco, anulan por completo nuestra personalidad. Estamos, decididamente, en poder del peluquero; inútil será resistirse.

Ensayamos en el espejo todos los gestos, sin quedar complacidos de ninguno. Por fin, adoptamos cualquiera, al azar, sin desprendernos ya de él durante la operación.

Yo no sé hablar de toros. Esto es ya un terrible inconveniente para frecuentar la peluquería. Permanezco callado, y para disimular mi turbación, pido un periódico. Entonces es cuando me doy exactísima cuenta de que la Prensa es uno de los más firmes sostenedores de las modernas libertades.

Mientras el peluquero nos manda torcer la cabeza o levantar la barbilla, todo va bien. Ya es más desagradable contestar que no

cuando pregunt hay momentos t tean problemas resolución tiene: Yo odio las res puestas sensatas

Cierto día me sérvese que no quero es algo n milia, en quien confianza y nue quero siempre rriblemente peli

Cierto día — e me sorprendió periódico, con e

— ¿Cómo qui

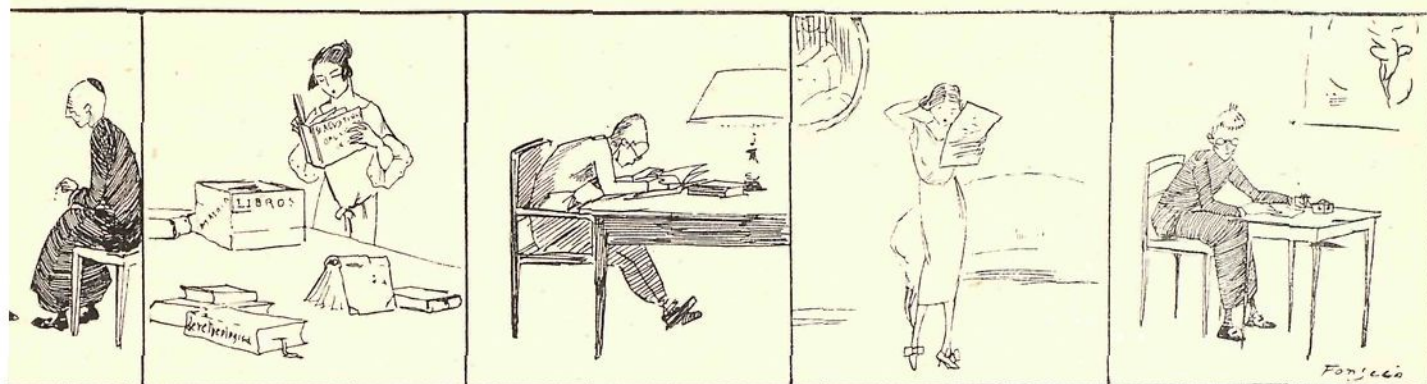
Mi estupor no yo la patilla?... ¿ vez en esto? N Yo debía conte ble. Pensé maq pelo describe al mé, lleno de ing

— Curva. El peluquero sarcástica y p malicia:

— ¿Cómo cur Hubiera dese la tierra.

Con la mirac

ENTORA, por Fonseca.



...sorada por sa- todos los libros teosóficos, apolo- géticos que se pudieran buena- mente encontrar.

Y estos libros de tal modo conven- cieron al pretendiente, que a los po- cos meses

recibía su enamorada y bella cate- quista una piadosa carta en que le co- municaba

su decidida vocación sacerdotal y su próximo ingreso en el seminario más cercano.

no hay duda de que es una gran cosa el mar. De él salen las langostas para Francisco Rodríguez y las perlas para las cocottes. Para ti y para mí, querido Matías, no sale más que la tintura de todo con que tratamos en invierno de curar nuestros catarros...»

TIRSO MEDINA.

ELUQUERÍA

cuando preguntan si se desea loción; pero hay momentos terribles, en que se nos plantean problemas decisivos. La respuesta y la resolución tienen que ser rápidas y sensatas. Yo odio las resoluciones rápidas y las respuestas sensatas.

Cierta día me preguntó el peluquero. (Obsérvese que no digo *mi peluquero*. *Mi peluquero* es algo más particular, casi de la familia, en quien hemos depositado nuestra confianza y nuestra fe. El mío es *el peluquero* siempre anónimo, desconocido y horriblemente peligroso.)

Cierta día — empecé a decir — el peluquero me sorprendió villanamente, cuando leía el periódico, con esta pregunta falaz:

— ¿Cómo quiere usted la patilla?

Mi estupor no tuvo límites. ¿Cómo quería yo la patilla?... ¿Había pensado acaso alguna vez en esto? No había tiempo que perder. Yo debía contestar a esa pregunta inexorable. Pensé maquinalmente en el arco que el pelo describe alrededor de la oreja, y exclamé, lleno de ingenua convicción:

— Curva.

El peluquero me heló con su sonrisita sarcástica y preguntó después, con pífida malicia:

— ¿Cómo curva?... ¿Qué es eso de curva?...

Hubiera deseado que me hubiese tragado la tierra.

Con la mirada llena de angustia, describí

con un dedo el arco sobre mi oreja izquierda.

— Así...

Tornó a sonreírse el peluquero siniestramente, y como si nada hubiera ocurrido, pasando por alto mi lastimosa ignorancia, preguntó:

— ¿Recta o cuadrada?

No sabía cuál elegir. Era ya igual. Estaba avergonzado. Aquel hombre se gozaba de mi perdición.

No consideré entonces que yo sabía, en cambio, otras mil cosas que el peluquero ignoraría, y que hubiesen podido demostrarle mi cultura. Consideré después esto, y también que, si yo le hubiese preguntado qué es un hemistiquio o quién escribió *El buscón*, y él no me lo hubiese sabido contestar, no me hubiera yo gozado tanto de sus desconocimientos. No tengo yo un alma tan perversa como la del peluquero. El debía comprender que su obligación es guiar a los profanos en la noble ciencia de la peluquería, sin burlarse de ellos. Mucho me hizo sufrir aquel hombre. Que Dios le perdone, como yo lo hago de todo corazón.

Otro día hubo un hombre con un garrote — comprendase lo contundente que es un garrote — que se empeñó en afeitarse antes que yo. En vano aducí mi derecho de prioridad. Aquel infame hacía evolucionar su garrote, cada vez más amenazante.

Como tengo un cierto apego a la vida, al par de un elástico sentido del honor, consideré filosóficamente que es idiota dejarse partir la cabeza por afeitarse antes que otro. Le dejé el sitio. Lo peor es que, vista mi pusilanimidad, se afeitó delante de mí tres señores más, dos con garrote y uno con un tipo de atleta que infundía un terrible pánico.

Por eso tengo miedo a la peluquería y a sus misterios. Nadie sabe los males que en ella le pueden suceder, sin contar con el niño que nos cepilla la americana, que es, al fin y al cabo, uno de los menores males que en la peluquería nos acechan...

JOSÉ LÓPEZ RUBIO

EUTRAPELIA HIGIÉNICA

Un doctor Smith, al parecer inglés, fallecido hace poco a los cien años de edad, no ha querido irse de este mundo sin dejarnos su correspondiente receta para que logremos la longevidad.

Si no llega uno a centenario es, sencillamente, porque no quiere. Todos los que se mueren sin cumplir el siglo, no son más que suicidas. ¿Por qué se adelantan a los acontecimientos naturales, como los setemesinos o los folletinistas de tres al cuarto?

La última palabra sobre este asunto de la supervivencia la ha dicho Smith momentos antes de liar el petate.

Para ser *secular*, basta con atenerse al decálogo de dicho doctor, que acaba de dar a conocer el periódico francés titulado *La Croix*, y que traduce y acoge, aunque con reservas, su correligionario español *El Debate*.

Los diez mandamientos higiénicos del doctor Smith se encierran, no en dos, como los de la ley de Dios, inscrita en las tablas por Moisés, sino simplemente en uno solo.

Hele aquí:

«No uséis jamás el cuchillo ni el tenedor.»

¿Puede darse *contra-atrezzo* más barato para llegar a la centésima representación de la comedia humana y celebrar su beneficio?

Lo que a mí me choca en un Herrero, que es lo que significa Smith en inglés, es que se las traiga hasta tal punto con el cuchillo, que ni siquiera haga excepción del de palo. Pero, por lo visto, en casa de este Herrero, ni cuchillo de palo se usaba.

Resignémonos, y veamos ahora los mandamientos en detalle. Ordena el primero:

«Comed muy poca carne.»

¡Caramba, Smith! ¿Y de qué manera nos arreglamos, estando proscritos el cuchillo y el tenedor, para ingerir un bisté con patatas, pongo por caso? Tendremos que *meterle mano*, y sea lo que Dios quiera de la pringue.

— ¡Este puerco de niño! — le dirá doña Melitona a Periquín —. ¿Por qué metes los dedos en el plato de las albondiguillas y te las comes como si fuesen bombones de chocolate?

Y Periquín replicará, con arreglo

a los mandamientos del doctor Smith:

— Es que me estoy preparando para la carrera de longevo.

Decía Espronceda:

«Aquí, para vivir en santa calma,
o sobra la materia, o sobra el alma.»

Parodiémosle:

Aquí, doctor, o sobra el solomillo,
o faltan el trinchante y el cuchillo.

Pues el segundo mandamiento también viene bueno. Dice así, al pie de la letra:

«Bebed mucha leche, y — ¡agárrense ustedes! — *si no os sienta bien, bebedla en mayor cantidad.*»

Al leer esto, creo que debemos renunciar a seguir adelante. El tal

doctor Smith, o era un guasón, o quizás se dedicaba al comercio de la lechería.

Cuanto vienen empeñándose en alargar la vida, cada día más difícil y desagradable, no se cuidan de darnos a la vez la receta de alargar la bolsa para soportarla.

Matusalén, que, según la Biblia, pasó de los novecientos años (¡lo que se aburriría el hombre!), tiene, sin embargo, muchos envidiosos, que, para *inmortalizarse*, viven atormentados por infinidad de precauciones y preocupaciones ultrahigiénicas.

Y les suele ocurrir lo que a aquel que mereció el famoso epitafio:

«Aquí yace un buen señor,
en este ataúd de palo.
No murió por estar malo,
sino por estar mejor.»

JOSÉ DE LASERNA.

CAÑO LIBRE

Ya, gracias a Dios, se ha arreglado lo de Caparrotá, y el alto comisario está en Marruecos, completamente identificado con el Gobierno, lo que quiere decir que el protectorado civil sin efusión de sangre, que es nuestro bello ideal, se va a implantar de un momento a otro.

Por de pronto, y en caliente, para no perder la ocasión, ya está propuesta la creación de un Cuerpo de Interventores, con sueldos que fluctúan entre las ocho mil y las veinticinco mil pesetas; porque aquí en lo primero que se piensa cuando se trata de civilizar a alguien, es en inventar cargos y en asignar sueldos... ¡Los sueldos no se olvidan!

Y si sobreviene, lo que Dios no quiere, otra catástrofe como la de Annual, todavía dirán los periódicos que fue porque no estaban bien dotados los servicios civiles.

Por cierto que en el pasado conflicto ha habido incidentes que serían muy chuscos si en el Rif todas las bromas no fueran pesadas.

Un ejemplo: El general Burguete no puede seguir en Melilla ni una hora más, a pesar de las súplicas de Sánchez Guerra, porque padece una grave enfermedad del estómago; pero en cuanto llega a Madrid, se entera de que la dolencia es de facilísima curación y puede volver a su puesto inmediatamente, lo que prueba que no se puede uno fiar del diagnóstico de los médicos de Melilla.

Otro ejemplo: El comisario lanza una arenga a las tropas diciéndolas que van a avanzar rápidamente para castigar a Abd-el-Krim, vengar a nuestros compatriotas asesinados y rescatar a viva fuerza a los prisioneros; y en cuanto se arma un revuelo de mil demonios con



Dib. CASTANY. — Barcelona.

— ¡Ah, señor Martínez!... Con la muerte de su esposa perdemos los dos una compañera insustituible.

— ¡Diga usted mejor la Humanidad, amigo mío!

ese motivo, declara que lo del avance y el castigo era hablar por hablar, porque nunca lo había pensado en serio. Se trataba de levantar el espíritu de las tropas, que andaba decaído, y de amedrentar a los moros, que en cuanto se enteraran de que esta vez iba de veras, se apresurarían a rendirse sin condiciones.

Pero como se descubrió la trampa al hacer pública esa declaración, que toda la Prensa lanzó a los cuatro vientos, es de suponer que el espíritu haya vuelto a decaer, que los moros hayan dejado de amedrentarse, y que no hayamos adelantado nada.

¿Cómo se va a achicar Abd-el-Krim cuando le amenazan con cortar la cabeza, si en seguida le anuncian de un modo oficial que no tenga cuidado, porque sólo se lo han dicho para asustarle? ¡Ni que fuera tonto!

Aunque ustedes no lo crean, sigue funcionando la Sociedad de las Naciones, o, por lo menos, siguen funcionando esas oficinas maravillosas, donde unos cuantos centenares de caballeros y señoritas adjuntas se gastan alegremente, desde hace tres o cuatro años, los millones que les entregan sin regatear los países que se han caído de un nido, entre los cuales se encuentra España.

De vez en cuando, la bulliciosa caravana da señales de vida, participando, no que se ha arreglado ningún grave conflicto de los que están pendientes, sino que se ha nombrado una Comisión o un Comité, o que se está organizando una conferencia para tratar asuntos que no le importan absolutamente a nadie.

Ahora resulta que hay una oficina internacional de Higiene pública, y que esa oficina convoca a una reunión de otros delegados, para revisar la Convención sanitaria de 1912, que, por lo visto, no da los resultados apetecidos.

La Sociedad de las Naciones pone a disposición de esos delegados sus servicios técnicos — ¡en la Sociedad hay técnicos y mecanógrafas guapas para todo! —, y está dispuesta a librar a la Humanidad de todo género de pestes y fieros males, con tal de que los Gobiernos respectivos pongan a su vez a la disposición de los distinguidos miembros todo el dinero que les pidan.

No se puede negar que el desdichado Wilson tuvo una idea muy feliz. Los pueblos se arruinarán, media Europa se estará muriendo de hambre y la otra media andará a tiros como si la guerra continuase; pero entretanto, compactos grupos de señores, cada vez más numerosos que se ocupan de la higiene y otras zarandajas, se dan vida de príncipes.

Ya unos cuantos Estados se han dado de baja y otros tantos no pagan la cuota, que viene a ser lo mismo... ¿Cuándo habrá un ministro español que se decida a hacer una hombrada? Porque ésa va siendo ya demasiada «tomadurra de pelo»...

SINESIO DELGADO.



Dib. URIBE. — Madrid.

— Te quiero una bestialidad. ¿Quieres ser mi novia?
— ¡Pero, hombre!... ¡Si te di calabazas la semana pasada!
— ¡Ah!... ¿Fuiste tú?...

TITIRIMUNDILLO

En una visita.

— Hoy hemos tenido en casa souper-froid, y...

— ¡Qué elegancia!

EL NIÑO (indiscretamente). — ¡Anda, y poco que se ha enfadado papá!... Ha sido que la criada ha sacado el coci-do frío.

Un periódico enumera los huevos, pescado, jamón, carne y fruta que decomisó un teniente de alcalde.

Pues con que hubiese dicho que decomisó varios menús enteros, habríamos terminado.

¿Y no decomisó también palillos?

— ¡Bárbaro!... ¿Por qué da usted de patadas a ese niño?

— Es mi hijo. ¿No dicen que los padres deben dar ejemplo? Pues esto de las patadas es porque quiero que sea futbolista.

«Los turcos tienen asados a los griegos, y ahora se reparten el botín.»

— ¿Botín..., y asado? ¿No se tratará de la antigua pastelería madrileña?

«La princesa Nadia, expulsada de España, saldrá hacia la frontera italiana.»

¿Y cómo se las va a arreglar? Porque da la casualidad de que España no tiene frontera con Italia.

Los taquígrafos se han reunido en fraternal banquete. ¿Cuánto comieron por minuto?

Porque en los taquígrafos, lo esencial es la velocidad.

En París disminuyen los natalicios. Eso es cosa de los cambios. Como todos los niños se encargan a París, ahora, con el precio de los francos, están más baratos, y los que nacen se mandan al extranjero.

Los obreros del campo, en Valencia, están en huelga.

— Y ¿qué pasa?...

— ¿Qué pasa? Pues que la pasa se pasa; y con lo que pasa, pasa que no hay pasa.

— ¡Sí que es un paso!...

«El señor Fulano no quiso ofender al señor Mengano, y éste, a su vez, retira los insultos.»

Bien; pero ¿y las bofetadas? ¿Cómo se retiran?

Un telegrama.

«Secretario suspendido.»

¿Suspendido, y en septiembre? ¡Tiene que repetir el curso!

Concurso de pasatiempos del mes de agosto.

Las soluciones a los pasatiempos publicados durante el mes de agosto son las siguientes: 1. *Círculos viciosos.* —

2. *Familia pobre, pero ladrona* — 3. *Homoplato.* — 4. *Ornitorrinco.* — 5. *Sagunto.* — 6. *Barbero.* — 7. *Cirio pasqual.* — 8. *Sobaquera.* — 9. *Entereza.* — 10. *Caracoles.* — 11. *Sin comentarios.* — 12. *Galantina.* — 13. *Lo mismo da jabón que hilo negro: todo es para la ropa.* — 14. *Tarancón.* — 15. *Úlcera.* — 16. *Peritoneo.* — 17. *Somatén.* — 18. *Subsanar una falta.* — 19. *Me sonrió yo de los peces de colores.* — 20. *Terremoto.* — 21. *Albarda sobre albarda.* — 22. *Grafología.* — 23. *Corrochano.* — 24. *¡Vaya calor!*

Terminado el plazo de admisión de soluciones el día 10 del corriente, y examinadas detenidamente las *doce mil doscientas cincuenta y una* recibidas, han resultado exactas las de los *catorce pierdetiempistas* cuyos nombres, domicilios y puntos de residencia publicamos a continuación:

José Alarcón. Carmen, 16 duplicado, Madrid. — Rafael Arizcún. Madrid. — Pilar Alonso. Travesía Altamira, 4, Madrid. — Elvira Suárez. Juan de la Hoz, 10, Madrid. — Alberto M. Ferreras. Paz, 10, Madrid. — Javier Mendiguchía. Los Madrazo, 18, Madrid. — E. Martínez. Fuenarral, 123, Madrid. — Luis Serra. Fuenarral, 56, Madrid. — E. Riñón Melgar. Madrid. — F. L. Crespo de Tejada. Madrid. — Roque Arenas. Madrid. — Concha Rodríguez. Santander. — Gertrudis López. Hermosilla, 11, Madrid. — Enrique Pineda, Conde de Aranda, 18, Madrid. — M. A. Martos. Marqués del Duero, 3, Madrid. — L. B. Prendes, Serrano, 25, Madrid.

Celebrado el sorteo con arreglo a la base segunda de nuestra convocatoria, han resultado favorecidos los siguientes concursantes:

PRIMER PREMIO. — **Un billete de lotería, número 18.799**, para el sorteo del día 21 de septiembre actual, a D.^a Gertrudis López.

SEGUNDO PREMIO. — **Medio billete de lotería**, del mismo número y para el mismo sorteo que el anterior, a D. Alberto M. Ferreras.

TERCER PREMIO. — **Suscripción por un semestre a nuestro semanario**, a contar desde el 1 de octubre próximo, a D.^a Pilar Alonso.

La entrega de los premios se hará en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.

También han enviado soluciones exactas, aunque con un leve e inexplicable error en el jeroglífico número 2, los señores siguientes:

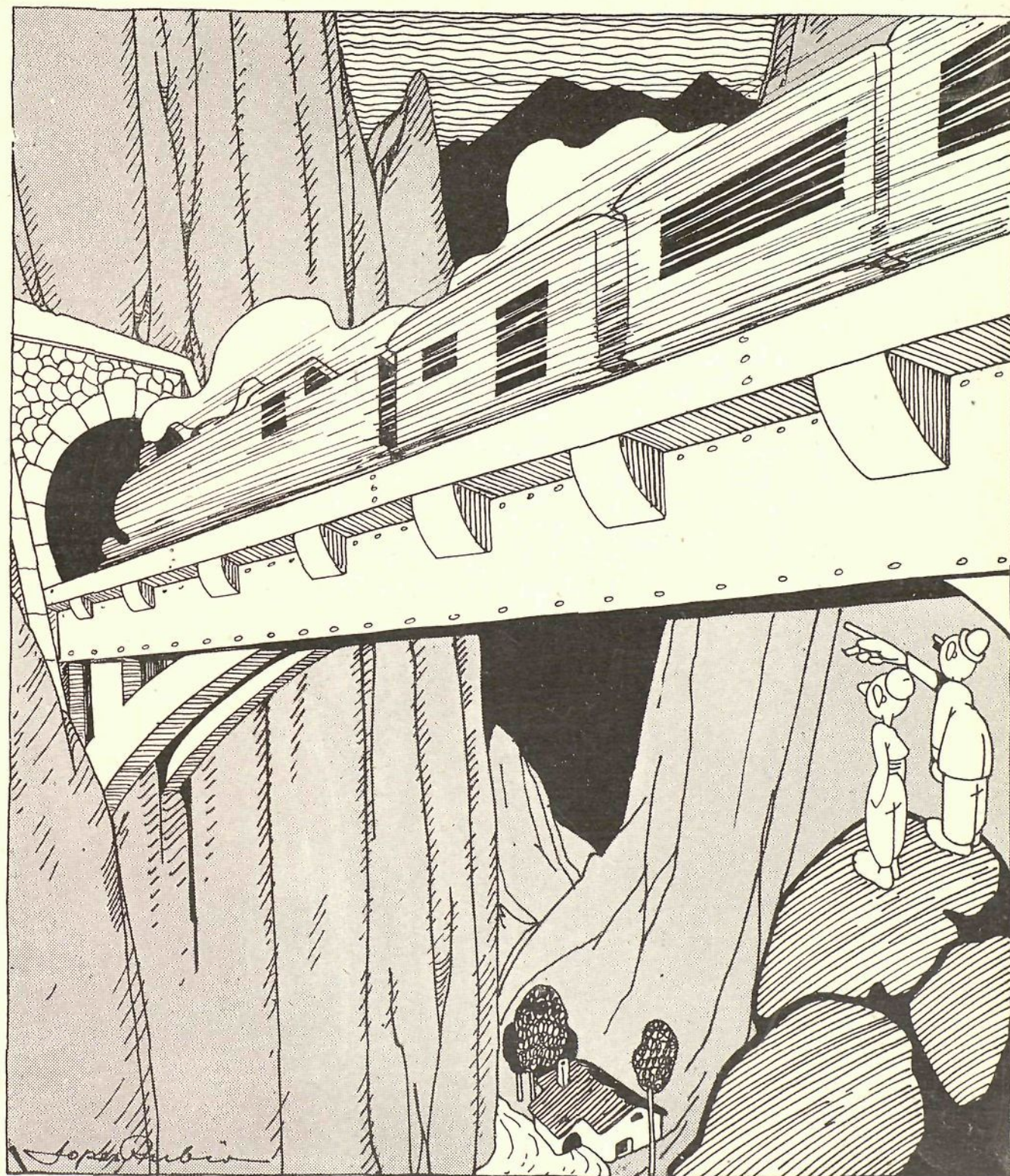
Alberto Peyrona, Madrid. — Ramón de Lezama, Madrid. — María Teresa de Otadúy, Portugalete. — Santos Varela, Bilbao. — Juan Garmendia, Portugalete. — A. González Pintado, Madrid. — José Montesinos, Madrid. — Enrique Adame, Madrid.



Dib. PRAT. — Paris.

EL PORTERO. — ¡Largo de aquí!...

EL MUTILADO. — ¡Bueno, hombre, bueno!... (¡Pues no tiene poco orgullo este tío, y seguramente conserva su puesto a fuerza de arrastrarse!...)



Dib. LÓPEZ RUBIO. — Madrid.

- Mira. ¿Ves?... Eso es el tren. ¡Qué velocidad, eh?... ¡Qué te parece?
- No está mal. ¡Ya corre, yal... No quiero pensar lo que ocurrirá el día que no atine con el agujerico.

EL "MAILLOT"

Rápido, estridente, con sus luces de vivos resplandores, el tren del Metro penetró en la estación; luego, resoplando — cansado tal vez por la veloz carrera en las sombras del túnel —, acortó la marcha y paró lentamente, entre el chirriar de frenos y engranajes.

Juanito Gálvez se dirigía hacia una portezuela del segundo coche que acertó a divisar abierta, cuando el tropel humano, arrojándole, le hizo penetrar de golpe en el primer vagón. Fué éste un instante trágico, horripilante para el distinguido *sportsman*; unos segundos en que se sintió oprimido, estrujado, levantado en vilo por aquella catapulta humana que, al cabo, le arrojó, roto, maltrecho, en un rincón del coche, entre una mujer vieja, ordinaria y bigotuda, y un cura, delgado y paliducho.

Gálvez era, ante todo y sobre todo, lo que la gente ha dado en llamar *un pollo bien*, y que es una variedad del elegante afectado a quien, en otras épocas, se denominara barbilindo, lechuguino o petimetre. Y a fuer de elegante, la primera operación que se dispuso a realizar mientras el convoy marchaba y la estación de la Gran Vía se achicaba al fondo del tubo del túnel, fué comprobar si el nudo de la corbata no había sufrido alteración ni menoscabo alguno en los períodos álgidos de aquella lucha por la locomoción.

Pero aun no había llegado su mano exploradora al lugar del suceso, cuando sintió que sobre su cabeza se abatía violentamente el puño de un bastón que, tras de aplastarle el flexible gris perla, última creación de *Christy's*, con que adornaba el remate de su edificio personal, le produjo un pequeño dolor en la citada azotea. Se volvió, más indignado por el deterioro del sombrero que por el dolor, y vió tras él la cara coloradota, abrutada, simpática, de Mariano Hoyos, su discípulo y compañero de andanzas juveniles.

— ¡Salud, elegante! — le gritó riendo su agresor.

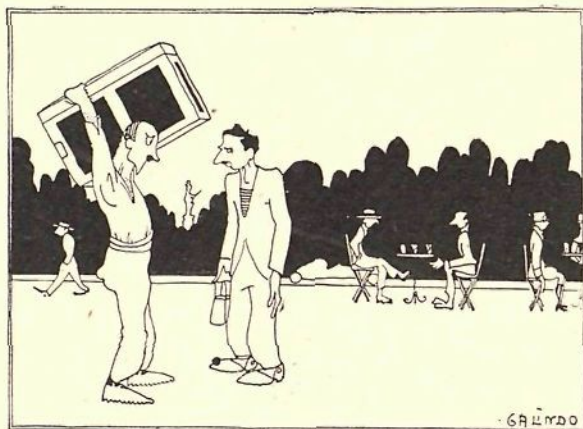
— Debí suponer que serías tú — replicó Juanito mientras reparaba la avería del borsalino —. Sigues tan bruto como hace dos años.

— ¡Quia, hombre!... Más, mucho más. Ya ves si seré bruto, que ¡hasta me he casado!

Si en el coche no hubiesen

ido cincuenta y tantas personas más de las que en buena lógica cabían, dando así un rotundo mentís a la teoría de la impenetrabilidad de los cuerpos, el Petronio madrileño se hubiese desplomado al suelo por efecto de la emoción; aun así, vaciló un poco y se vió precisado a agarrarse al sacerdote.

— ¡Hermano, por Dios!... — protestó el buen clérigo.



Dib. GALINDO. — Madrid.

— Ya lo ves: mientras unos gozan y rien, yo tengo que soportar este peso sobre mis hombros.

— ¡Así es el mundo, Eleuterio, así es el mundo!...



Dib. GARRÁN. — Madrid.

— ¡Estoy desesperado, señora!... ¡Llevo cuatro días sin comer!...

— ¿Tan mal anda usted de dinero?

— ¡Quia!... ¡Es que padezco del estómago!...

— ¡Ahí va el pollo *litri*! — chilló la vieja —. A bailar, váyase a Maravillas.

Afortunadamente, paró el tren, y los dos amigos descendieron; y mientras subían los escalones que a la glorieta de Bilbao conducen, Gálvez dijo:

— Bueno; yo no te dejo sin que me cuentes lo que ha pasado para que tú te hayas casado; porque que Mariano Hoyos, el mujeriego y el sinvergüenza mayor de España, se haya casado, es más raro que el que una telefonista conteste a la primera llamada. ¿Por qué te casaste?...

— Ya te lo he dicho: porque soy muy bruto..., y muy feliz.

Estaban ya frente a dos *bocks* de cerveza; Mariano bebió un sorbo, miró sonriente a su amigo, que se consumía de impaciencia, encendió lentamente un cigarrillo, y habló:

— Fué un verano, ya va para tres años; transcurría la temporada en San Sebastián monótona, sosa, gris, en una palabra. Nuestras alegres tertulias de la Concha y de Kutz se habían ido despoblando paulatinamente, hasta que llegó el momento de quedarnos solos Pascual Fillo, Andrés Solorza y yo. Bostezando, aburridos, en las sillas de mimbre del café, una tarde en que todo San Sebastián había ido a los toros, propuso Solorza una excursión a X; eran poco más de veinte kilómetros, y en el auto de Fillo iríamos en un abrir y cerrar de ojos.

«¡Excuso decirte que nos asimos a aquella luminosa idea como el náufrago a la tabla, y que antes de media hora nos apeábamos del Hudson de Pascual ante la puerta del único figón que hay en X! Fillo y Solorza se pusieron al habla con el ventero para disponer la merienda; yo, más romántico o más inapetente, marché a la playa, y en una grieta de las rocas, perdido frente al Océano, quedé ensoñando, llenas las pupilas del color del mar...»

«De mi abstracción vino a sacarme el alegre rumor de carcajadas y voces femeninas; volví la cabeza, y contemplé a seis lindas muchachas que se aprestaban para el baño. Desde mi escondite podía contemplarlas sin temor de ser descubierto.

«Vestían todas ellas el clásico traje de baño — falda y pantalón, amplísimos ambos —, que desfiguraba sus cuerpos en absoluto; sólo una, más refinada, más europea, ceñía sus formas con un *maillot* negro, en el que resaltaba más la nota rosa y blanco de su piel.

»Abrevio, que es tarde y ella me espera. Me enamoré de la gentil nadadora; la pedí en matrimonio..., y me casé. Es hija de unos ricos colonos, algo afinada por educación y temperamento, y a mi lado se ha hecho una mujer de mundo, afable, distinguida... Me quiere, la quiero, y soy plenamente feliz.»

Se levantó, dando por terminada la confidencia; de asombrado que estaba, Juanito Gálvez dejó que Hoyos llamase al camarero y pagase las dos consumiciones.



En el verano sintió Gálvez curiosidad por conocer la playa de X, donde había nacido el idilio de su amigo, y en el auto, una mañana llegó desde San Sebastián al apartado pueblecito.

Linda era, en verdad, la playita, e invitaba a soñar. Pero no le dejaron tiempo de hacerlo un tropel de mujeres que hacia él avanzaba: las había rubias, morenas, de cabellos canos; feas y guapas; cutis juveniles y caras arrugadas por los años; pero todas, ¡todas!, mal cubrían sus formas con sugestivos *maillots* negros.

Juanito comprendió el ardor que la perspicacia femenina les inspiró; de una carrera — sin volver la vista atrás, como la señora de Lot — llegó al automóvil, que se puso en marcha rápidamente. Y mientras la playita de X se alejaba y el grupo femenino sólo era un punto negro a lo largo del camino, Juanito Gálvez se volvió sonriendo hacia las engañadas bañistas, y pensó:

— ¡Hubiese sido gracioso que me pes-
casen en la playa, como a Mariano
Hoyos!...

SERAFÍN ADAME MARTÍNEZ.



DIVULGACIONES PINTORESCAS

Los grandes inventos.

LA AVIACIÓN

Desde sir Jorge Cayley (1809) hasta D. Juan de la Cierva y Peñafiel (1922), son muchos, innumerables, los ciudadanos que han levantado el vuelo.

Después de sir Jorge, inventó el primer aeroplano sin motor el marino francés Le Bris, que se elevó llevando a bordo a «un amigo» (1856); aterrizaron un poco más violentamente de lo que esperaban, porque, a cosa de unos cincuenta metros de altura, el amigo, que era muy gracioso, dió en hacer chistes; comenzó a reírse Le Bris, y ambos cayeron sobre el tejado de una iglesia protestante, resultando ilesos por milagro. Desde entonces se dice de los chis-fosos «que tienen muy buenas caídas».

Después, en 1862, el teutón Lilienthal

fijó a su cuerpo unas alas y un timón, se subió a la azotea de su casa, y cuando sus admiradores le gritaron «¡Halal... ¡halal!», comenzó a cerrar y abrir las suyas, se echó en el espacio... y se hizo puré contra el empedrado.

En vista del éxito, no volvió a repetir la prueba, entre otras razones, porque desde el empedrado se lo llevaron al cementerio; y sabida es la repugnancia de los cadáveres hacia toda clase de experimentos.

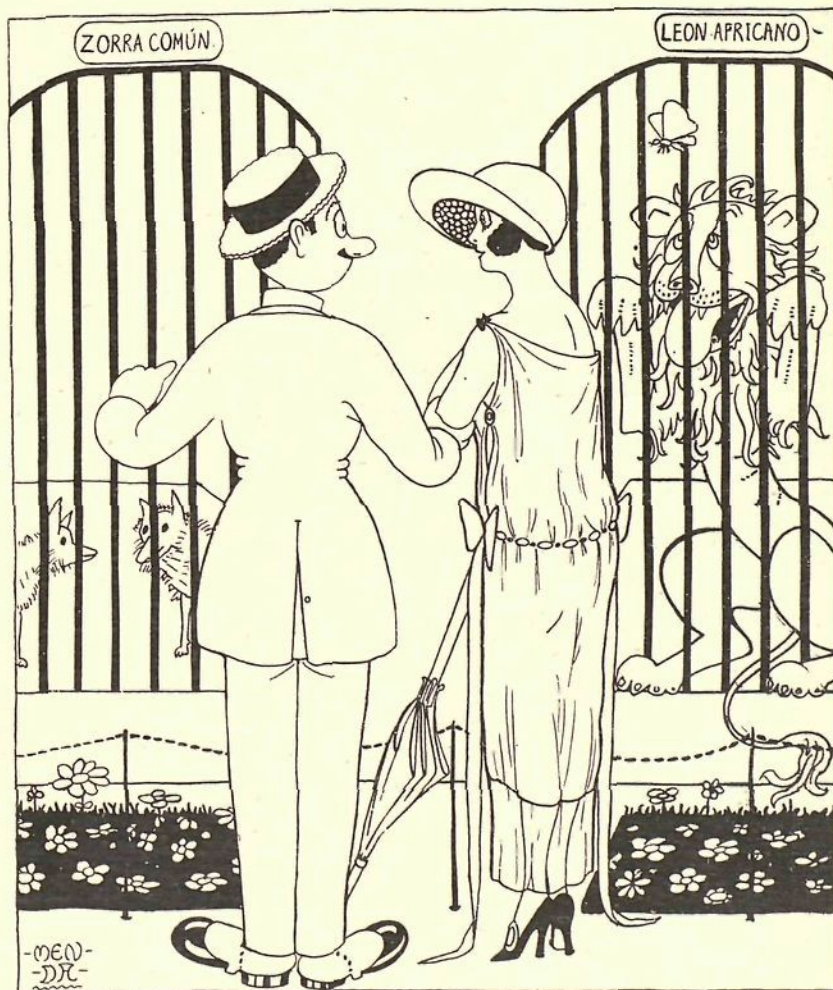
Tras el pobre Lilienthal vinieron Pilcher, Chanute, Ader, Ferber, Delagrangé — famoso éste también por su criadero de judías, las conocidas judías Delagrangé —, Bleriot, Santos Dumont, Voisin, Farman..., y, finalmente, los hermanos Wright, neoyorquinos sabientes, que tomaron en serio lo de «alzar el vuelo» y dieron a la aviación el extraordinario desarrollo que ha adquirido, como lo demuestran los centenares de aviadores que van estrellados desde

el 1901 hasta nuestros días. Como que nunca pudo decirse como hoy que «estamos aviados».

EL PAPEL

He aquí el más transcendental de los inventos: el papel. Desde que los chinos lo fabricaban con la corteza de la morena, hasta que Urgoiti lo almacenaba en los A. G. de P., pasando por la elaboración egipcia, que convertía en papel el tallo de la caña (*papyrus*), el papel ha venido a llenar infinitas necesidades. Préstase el papel a las más profundas filosofías. Ora sirve para que en él estampe la *policromez* fantástica de su estro el vate genial, ora para que en él envuelva cinco misérrimos céntimos de pimentón el prosaico ultramarinero.

¿No habéis visto correr, mazo, al adolescente agitando en la mano el papel donde se estampaba el brillante resultado de su examen? Pues también



Dib. MENDA. — Madrid.

ÉL. — ¿Qué animal te gusta más, vida mía?

ELLA. — ¡Tú!

EN VOZ ALTA

LOS PLAGIOS

En la tertulia se hablaba de plagios. Se habían contado ya varios, entre ellos, uno de un fresco que había publicado la *Sonatina* de Rubén, firmándola, sin variarle ni una coma.

— Porque si siquiera le hubiese variado algo... — comentó el narrador —; hay muchos, que conocemos todos de sobra, que, con volver del revés un trabajo, lo dan como suyo, lo cobran y encima se dan pisto por ahí...

Cuando ya la conversación decaía, terció el bueno de Fernández:

— Ninguno de esos plagios que ustedes han contado merece codearse con éste que os voy a descubrir y que me extraña no lo hayan ustedes visto...

Sacó un periódico del bolsillo, lo desdobló, y leyó en el centro de la segunda página, advirtiendo antes:

— Escuchen ustedes. Este periódico es de ayer, y publica casi todos los días algo de los clásicos, mezclado con algunos poetas nuevos. Vean lo que publicaba ayer, y quién lo firma.

Leyó:

— El Amor, con medida, dióme respuesta luego:
«Dí, Arcipreste, zañudo no seas, yo te ruego;
no digas mal de Amor en verdad ni en juego,
que a las veces poca agua hace abajar gran fuego.»

— No sigas — interrumpió uno —. Eso es la respuesta que da don Amor al Arcipreste; ¿quién no sabe que eso es del famoso Arcipreste de Hita?...

— Verdad, ¿eh? — exclamó el bueno de Fernández —. Pues ¿no sabéis quién lo firma? — terminó reventando de gozo.

— ¿Quién, quién? — preguntaron todos con ansia.

Y el bueno de Fernández contestó muy ufano:

— ¡Pues un tal Juan Ruiz!... ¡Será fresco!...

La carcajada de los contertulios fué unánime.

Esto y el chaparrón de terrones de azúcar que sobre el bueno de Fernández cayó, han hecho que el feliz descubridor de plagios no vuelva a aparecer más por la tertulia.



Dib. ROLDÁN. — Madrid.

— Primero me pidió un beso. Luego se lo di.

— ¿Y luego?...

— Luego se lo pedi.

habréis visto a algún sujeto, fruncido el ceño, pálido el semblante, torva la mirada y oprimiendo un papel entre sus manos, buscar la cerca de un solar obscuro, ¿sabe Dios con que propósitos siniestros!

Desde el papel de arroz, japonés, hasta el papel *poranguño* de Bolivia, todas las naciones han cuidado tan interesante fabricación; todas... menos España, tal vez por nuestra propensión a hacer «malos papeles».

Y, sin embargo, el papel, ora perfumado, ora timbrado, ora albo e impoluto, es el más grande invento del hombre.

El papel es la carta amorosa, el billete de Banco, el libro, el periódico, el globo grotesco, el misal, la baraja, el calendario...

El más curativo es el papel de tapisa; el menos interesante, el papel *mojado*; el más agradable, el papel de Armenia, y el más molesto, el papel de *primo*.

Y sea como sea, de algodón o de caña, impreso o blanco, de oficio o de carrera, «pluma» o de seda, todo el papel, cuando la necesidad se impone, es absolutamente *higiénico*.

F. RAMOS DE CASTRO

TRISTÁN ALEGRÍA.

VERANEIO LUCIDO

Todavía no había terminado
la alegre primavera,
cuando ya mi vecino don Conrado
(que en plan de divertirse es una fiera)
a soñar comenzó con la manera
de poder, en los meses del estío,
conseguir que su amada compañera
(que al calor estival prefiere el frío)
gozase de agradable veraneo,
quedando él en Madrid, en condiciones
de andar de pindongueo,
echando al aire canas a montones.

En efecto: el pillín de don Conrado,
que es un alto empleado,
alquiló un hotelito
en Frenillo del Duque, muy bonito
y muy bien orientado,
y allá fué facturada
la esposa con seis hijos... (¡casi nada!);
los niños, muy contentos de ir al Norte,
y la madre, escamada,

temiendo el proceder de su consorte.

Mas, llegada la siega de los trigos,
bien fuera porque todos los amigos
del pobre don Conrado
(tunantes como él) veraneaban
cada uno por su lado,
bien porque sus punibles intenciones
un dique inexplicable siempre hallaban
en su mismo furor de diversiones,
pues sin ánimo ha estado muchos días
de gozar de las clásicas orgías
veraniegas, ni un solo pasatiempo
ha tenido con fáciles mujeres,

en vez de los placeres
con que había soñado tanto tiempo,
no ha podido sacar de este verano
más que un aburrimiento soberano
y el propósito firme, lector mío,
de que nunca se vaya su costilla
ni a Frenillo del Duque, ni al Plantío,
ni a Gijón, ni a Bilbao, ni a Cercedilla.

Mas no es esto, lector, precisamente,
lo peor que al amigo don Conrado
(según cuenta la gente)
como pena a su intento le ha pasado:
lo más grave del caso es que su esposa,
que es poco escrupulosa,
sin perjuicio de estar (libre de cuitas)
cuidando en el corral sus gallinitas
y andando por la era
de Frenillo del Duque,
se enredó con el médico Juan Luque,
¡y han pasado un verano de primera!

.....
¡Maridos que en la juerga habéis pensado,
creyendo que conviene
mandar a la familia a cualquier lado:
aprended, aprended en don Conrado
para el año que viene!...

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



Dib. ALFARAZ. — Madrid.

— ¡Que le peguen cuatro tiros por cobarde!
— Mi general, ¿sabe su excelencia que este hombre
es el recomendado del ministro?
— ¡Ah!... Entonces, que le peguen un tiro solamente.



Dib. METZ. — Madrid.

— ¡Con la falta que me hacía tener un hijo, y mi mujer
acaba de dar a luz una niña!...
— ¡Ya te decía yo que esa mujer te traería la negra!...

DEL BUEN HUMOR AJENO

LA INSPECCIÓN DEL ARCA DE NOÉ EN UN PUERTO ALEMÁN, por Mark Twain.

No es posible negar los notables progresos realizados en el arte de la navegación, desde que Noé puso a flote su arca. Si hoy Noé quisiera salir del puerto de Brema, las autoridades le negarían el permiso. Los inspectores pondrían toda clase de reparos a su embarcación. Todos sabemos lo que es Alemania. ¡Imagináis, con todos sus detalles, el diálogo entre el viejo patriarca y las autoridades? Llega el inspector, vestido con un vistoso uniforme militar. Es un perfecto caballero de exquisita corrección; pero

tan inmutable como la estrella polar, cuando se trata de cumplir sus deberes oficiales.

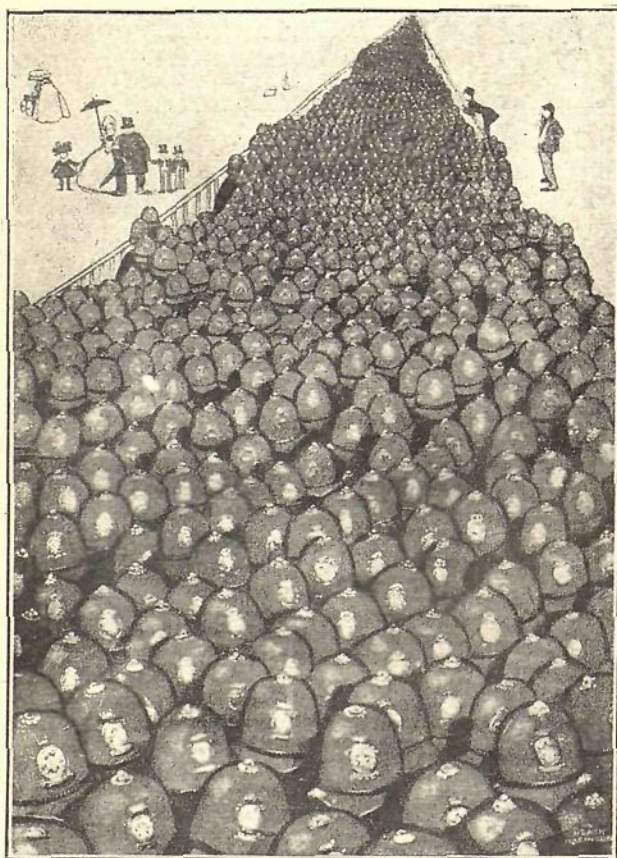
Empezaría preguntando a Noé el nombre de la población de su nacimiento; su edad, religión o secta a que perteneciera; la cantidad de sus rentas o beneficios; su profesión o ejercicio habitual; su posición en la escala social; el número de sus esposas, de sus hijos y de sus criados; sexo y edad de éstos. Si el santo patriarca no estuviera provisto de pasaporte, se le obligaría a buscarlo.

Hecho esto, el inspector visitaría el arca...

- ¿Longitud?
- Doscientos metros.
- ¿Altura de la línea de flotación?
- Veintidós.
- ¿Longitud de los baos?
- Diez y ocho a veinte.
- ¿Material de construcción?

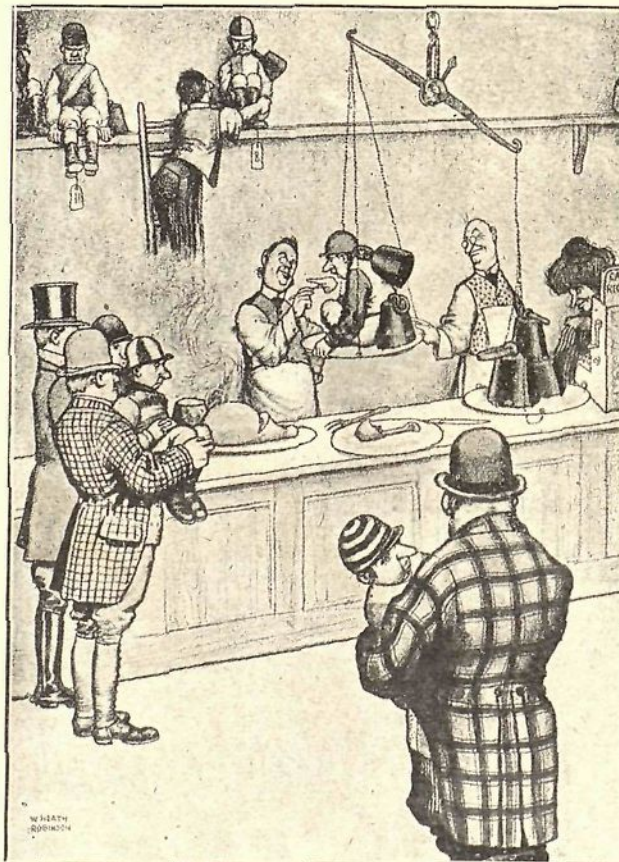
- Madera.
- ¿Qué clase de madera?
- Cedro y acacia.
- ¿Pintura? ¿Barniz?
- Alquitrán por dentro y por fuera.
- ¿Pasajeros?
- Ocho.
- ¿Sexo?
- Cuatro hombres y cuatro mujeres.
- ¿Edad?
- El más joven cuenta cien años.
- ¿Y el jefe de la expedición?
- Seiscientos.
- ¿Va usted a Chicago? Hará negocio en la expedición. ¿Nombre del médico?
- No llevamos médico.
- Hay que llevar médico, y también Empresa de pompas fúnebres. Es indispensable. Personas de esa edad no pueden aventurarse en un viaje así sin las convenientes precauciones. ¿Tripulantes?

LAS CARRERAS DE CABALLOS, por W. Hearth Robinson, en "Je Sais Tout".



EL SERVICIO DE ORDEN.

Desde muy temprano, los policemen se amontonan en la pista, con gran asombro de los raros espectadores y de dos liebres, cuya quietud han venido a turbar...



LA SALA DE BALANZAS

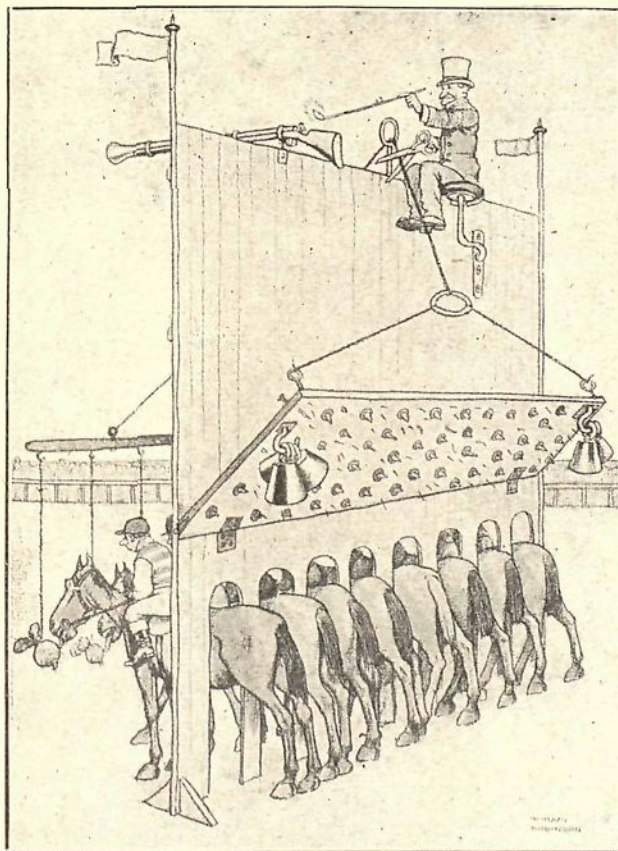
Antes de que la campana haya tocado a la monta, los jockeys se hacen pesar. En caso de necesidad, para completar el peso, se les administra una buena ración de jamón o de rosbif...

— Las ocho personas mencionadas.
 — ¿Las mismas ocho?
 — Sí, señor.
 — ¿Las mujeres también?
 — Sí.
 — ¿Han prestado servicio en la marina mercante?
 — No, señor.
 — ¿Y los hombres?
 — Tampoco.
 — ¿Quién de ustedes ha navegado?
 — Ninguno.
 — ¿Qué son ustedes?
 — Agricultores y ganaderos.
 — Como el buque no es de vapor, necesita, por lo menos, una tripulación compuesta de ochocientos hombres. Hay que procurárselos. También hay que procurarse cuatro segundos y nueve cocineros. ¿Quién es el capitán?
 — Servidor de usted.
 — Se necesita un capitán. Una camarera y ocho enfermeras para los ocho ancianos. ¿Quién ha hecho el proyecto del barco?
 — Yo.

— ¿Es su primer ensayo?
 — Sí, señor.
 — Ya se conoce. ¿Qué efectos lleva?
 — Animales.
 — ¿De qué especie?
 — De todas.
 — ¿Son animales domésticos?
 — Casi todos en estado salvaje.
 — ¿Exóticos, o del país?
 — Exóticos, especialmente.
 — Enumere algunos.
 — Megaterios, elefantes, rinocerontes, leones, tigres, lobos, serpientes; en fin, llevo animales de todos los climas. Una pareja de cada especie.
 — Las jaulas, ¿son sólidas?
 — No hay jaulas.
 — Necesita usted proveerse de jaulas de hierro. ¿Quién es el encargado de dar los alimentos y el agua a las fieras?
 — Nosotros.
 — ¿Los ocho ancianos?
 — Sí, señor.
 — Es peligroso para las fieras, y sobre todo para los ancianos. Se necesitan empleados consecuentes, de mucha

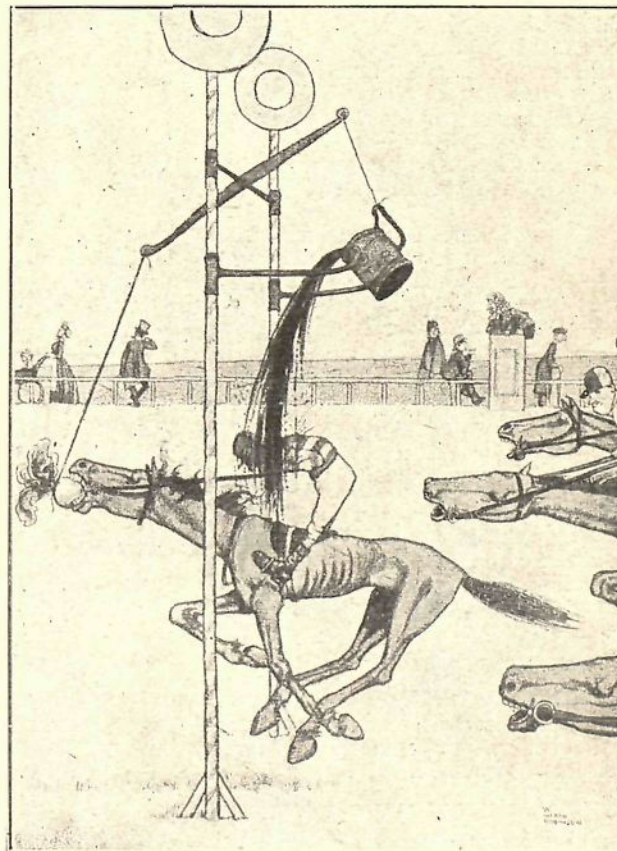
fuerza y habituados a este trabajo. ¿Número de animales?
 — Grandes, siete mil... Contados todos, los grandes y los pequeños, noventa y ocho mil.
 — Necesita usted... mil doscientos empleados. ¿Qué método de ventilación? Mejor dicho, ¿cuántas ventanas tiene la embarcación?
 — Dos ventanas.
 — ¿En dónde están?
 — Junto al alero.
 — ¿Y un túnel de doscientos metros sólo cuenta con dos respiraderos? ¿No se puede consentir esto! Hay que abrir ventanas y hay que instalar el alumbrado eléctrico. Una docena de arcos voltaicos y mil quinientas lámparas incandescentes. ¿Número de bombas?
 — No tenemos bombas.
 — Debe usted comprar bombas. ¿De dónde se procura usted el agua para las personas y para los animales?
 — Bajamos cubos por las ventanas.
 — Eso no se puede consentir. ¿Fuerza motriz?

LAS CARRERAS DE CABALLOS, por W. Hearth Robinson, en "Je Sais Tout".



LA SALIDA

Nueva e ingeniosa starting gate. Los caballos están en la imposibilidad de darse patadas, y lamen la remolacha colocada delante de ellos. A una detonación, la tabla, erizada de pinchos, cae, obligando a los pour-sang a tomar una salida impecable...



LA LLEGADA

El ganador ha franqueado el poste de llegada con un poco de ventaja sobre sus adversarios. Alcanza con los dientes una magnífica remolacha, mientras que su jockey recibe una ducha de alquitrán que prueba indiscutiblemente quién es el vencedor.

— ¿Fuerza... qué?...
 — ¡Fuerza motriz! Fijese usted, ¿cómo echa usted a andar el barco?
 — Yo no empleo fuerza; anda solo.
 — Necesita usted velas o vapor. ¿Timón?
 — No lo hay.
 — ¿Cómo gobierna usted la embarcación?
 — No se gobierna.
 — Necesita usted timón. ¿Anclas?
 — No las tenemos.
 — Seis, por lo menos. Si no, no se le permitirá zarpar. ¿Lanchas de salvamento?
 — No hay.
 — Ponga usted veinticinco. ¿Salvavidas?
 — Tampoco.
 — Ponga usted dos mil. ¿Cuánto tiempo va a durar la travesía?
 — Un año, más o menos.
 — Me parece larga. Con todo, llegará usted con tiempo a la Exposición. ¿Qué lámina ha empleado para el casco?
 — No hay lámina.
 — Pero eso no es posible. Dentro de un mes, eso no será barco, sino una criba. Está usted destinado a habitar los profundos abismos del Océano. Si no pone un refuerzo metálico, no saldrá usted. ¡Ah! Se me olvidaba... una advertencia: Chicago está en el interior del continente; este barco no podrá llegar hasta allá.

— ¿Chicago? ¿Qué es eso de Chicago?
 ¡Yo no voy a Chicago!
 — ¿De veras? No comprendo entonces para qué lleva usted tantos animales a bordo.
 — Son animales de reproducción.
 — ¿No hay bastantes en el mundo?
 — Sí; pero es que los otros se van a ahogar por el diluvio.
 — ¿Diluvio dice usted?
 — Sí, señor. Un diluvio.
 — ¿Está usted seguro?
 — ¡Y tanto! Lloverá durante cuarenta días y cuarenta noches.

— ¿Y eso le preocupa? Aquí llueve hasta ochenta días con sus noches.
 — No se trata de una lluvia de ésas. La que va a venir, cubrirá las cimas de las más altas montañas y desaparecerá la superficie de la Tierra.

— Si es así, no queda a su elección el vapor o la vela. Es necesario proveerse de máquinas de vapor. Además, una destiladora para el agua.

— Echaré cubos por las dos ventanas.
 — ¡Qué simpleza! Cuando el agua haya cubierto las montañas estará hecha salmuera por la mezcla del agua dulce con la salada. Necesita usted la

destiladora. Veo que, efectivamente, éste es el primer paso de usted en la construcción naval.

— Es verdad. No he hecho estudios y he procedido sin conocimiento de las nociones respectivas.

— Desde este punto, me parece muy notable. Jamás se ha botado una embarcación tan extraordinaria.

— Agradezco sus elogios. El recuerdo de su visita me será imperecedero. ¡Mil gracias, mil gracias! Adiós, señor.

— ¡Inútil es que digas adiós, viejo y venerable patriarca! Bajo el exterior afable y cortés de ese inspector alemán, se oculta una voluntad de hierro. Yo te juro, viejo y venerable patriarca, que el inspector no autorizará tu partida.

A. R. H.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

Apartado 12.142

MADRID

T. V. (El Secretario). Madrid. — ¿Cómo graves? ¡Gravísimas! Y de ellas, la de los creadores de novelas nos parece lo único aceptable tal vez.

El Pez y La Pez. — Sus lamentables tiradas de versos ramplones pasan de la mano del cartero al cesto, sin que posemos en ellos nuestros garzos ojos. Puede usted enviarnos toda la Papelera llena de tonterías, sin que nos conmovamos lo más mínimo. Por nosotros...

S. L. G. — Es un asunto tan gastadillo...

G. H. C. Madrid Moderno. — Con insistir no pierde usted nada y puede hacer algo que tenga gracia.

Doroteo Vainica. Madrid. — Se puede ser del Somatén y jugar bien al tute. Le recomendamos la pitonisa de Delfos o una gitana de las del cuadro flamenco que dicen que echa muy bien las cartas. Eso del pollo berbe y lo del reloj que marca la hora del Mediterráneo, son dos pifias imperdonables. Nos deja usted plisados.

Cándido el Pesimista. Madrid. — Pesimismos, no, amigo Cándido; ni bilis ni mal genio. Hay que ser como su tocayo el de Voltaire, y ver la vida con un tono rosáceo y jovial. Siga usted nuestro sano consejo: la vida hay que tomarla en broma. Para

cien años que va a vivir uno..., que decía el del sainete...

J. G. del P. Melilla. — Puede usted enviarnos alguna cosa de más importancia.

C. R. — Tiene alguna cosa graciosa; pero no compensa de lo demás.

Esquilón Escaleno. Valladolid.

«NOCTURNO

«Titilan las puras rosas,
 Febo se oculta en lontananza,
 liban las frágiles mariposas,
 y de sus pupilas acuosas...»

¡Nos ha fastidiado el valladolisoletoano éste!

Ainchalo. Madrid. — Es muy flojito.

J. B. Barcelona. — Recibimos su última remesa. *Las fiestas invernales*, fuera de dos o tres detalles, no vale nada... A lo otro, ni aun esos dos o tres detalles le hemos encontrado. Va usted para atrás, mi amigo...

Intransigente. — Y a nosotros, ¿qué nos cuenta usted? No somos los responsables de las cosas de nuestros colaboradores.

Kristófano. Santander. — Su *Cuento romano* es una solemne tontería..., con perdón.

F. L. Arévalo. — Es cuento sin ningún interés ni gracia. El pensamiento es como para que lo maten a usted de un modo violento. Por lo demás, bien.

A. de P. — El principio promete mucho y tiene algunos chistes muy oportunos; pero acaba de una manera tontísima. Madure algo más importante para otra vez.

M. Bastante. Madrid. — Como no sea bastante mal... A nadie se le ocurre enviar el siguiente *Picadillo*:

«Dos guardias de don Millán
 los perros van recogiendo,
 cuando, en una puerta viendo,
 dijeron a voz en grito:
 — ¿Cómo se llama este perro?
 Y e ama les respondió,
 sin malicia y con misterio:
 — A este perro tan bonito
 hemos dao en llamarle *Espliego*.
 * * *

«El otro día, Asunción,
 que es lista como las balas,
 fué a ver a su pastor
 y le lió de palabras;
 y tanto al pobre entretuvo
 la endemoniada Asunción,
 que cuando el rostro volvió...,
 ¡se habían ido las cabras!»

¡Vamos, como para que le metan a usted en presidio!... ¡Los versos son un arma muy peligrosa en manos de los jóvenes!

A. H. Zoco. — ¡No sirve, hombre!...

L. R. C. — No está mal; pero...

N. A. de A. — Está confuso.

M. N. — Está bien; pero es muy conocido.

A. T. Buenos Aires. — Publicaremos *El apellidado de la madre*.

F. P. — Está bien; se publicará.

No se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará esta sección para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

Prohibida la reproducción de los originales publicados en nuestro semanario, sin citar su procedencia.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Empezará el primero de cada mes.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	12,40 pesetas
Semestre	16,50 —
Año	32 —

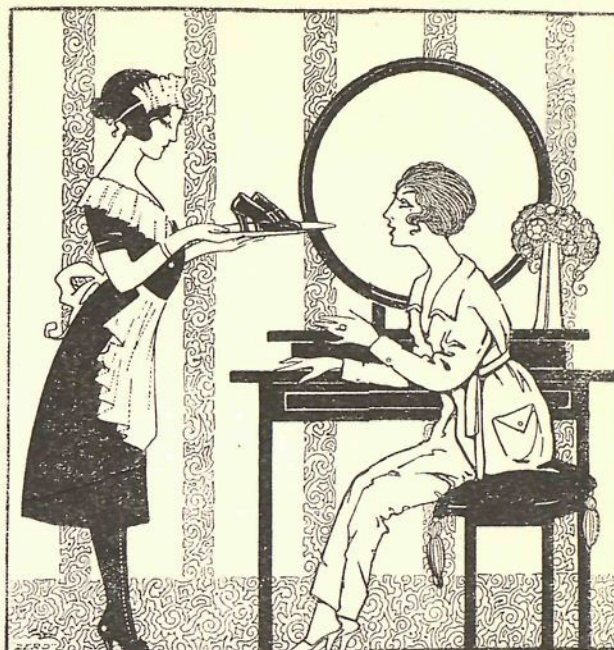
ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID



Calzados PAGAY

LOS MAS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre es-
ta marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.

Loción Belleza Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensiva. Deleitosa perfume.

Es el ideal. Rhum Belleza Fuera canas.
A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.



CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.)
(Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

TINTURAS WINTER marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño oscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

Polvos Belleza Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

DE VENTA en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.
FABRICANTES: Argenté, Costa y Comp. — BADALONA (España).

BUEN HUMOR



FRASES DE ACTUALIDAD

Dib. ROBLEDANO. — Madrid.

Ayuntamiento de Madrid
¡Gordas y dulces!...